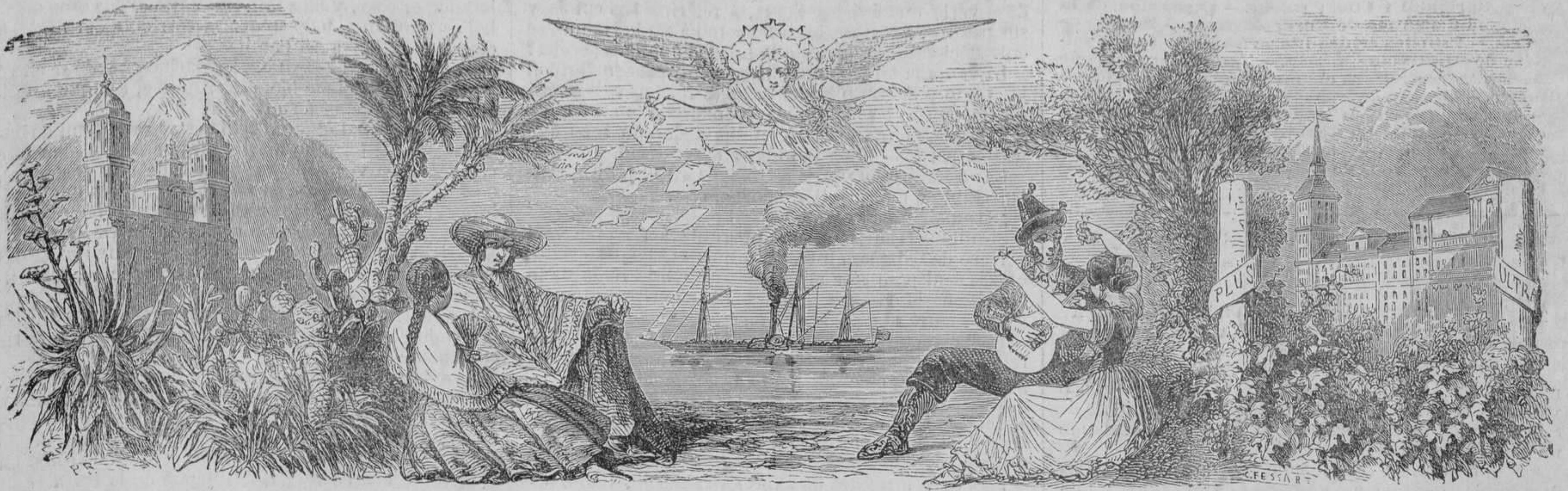


# EL CORREO DE ULTRAMAR

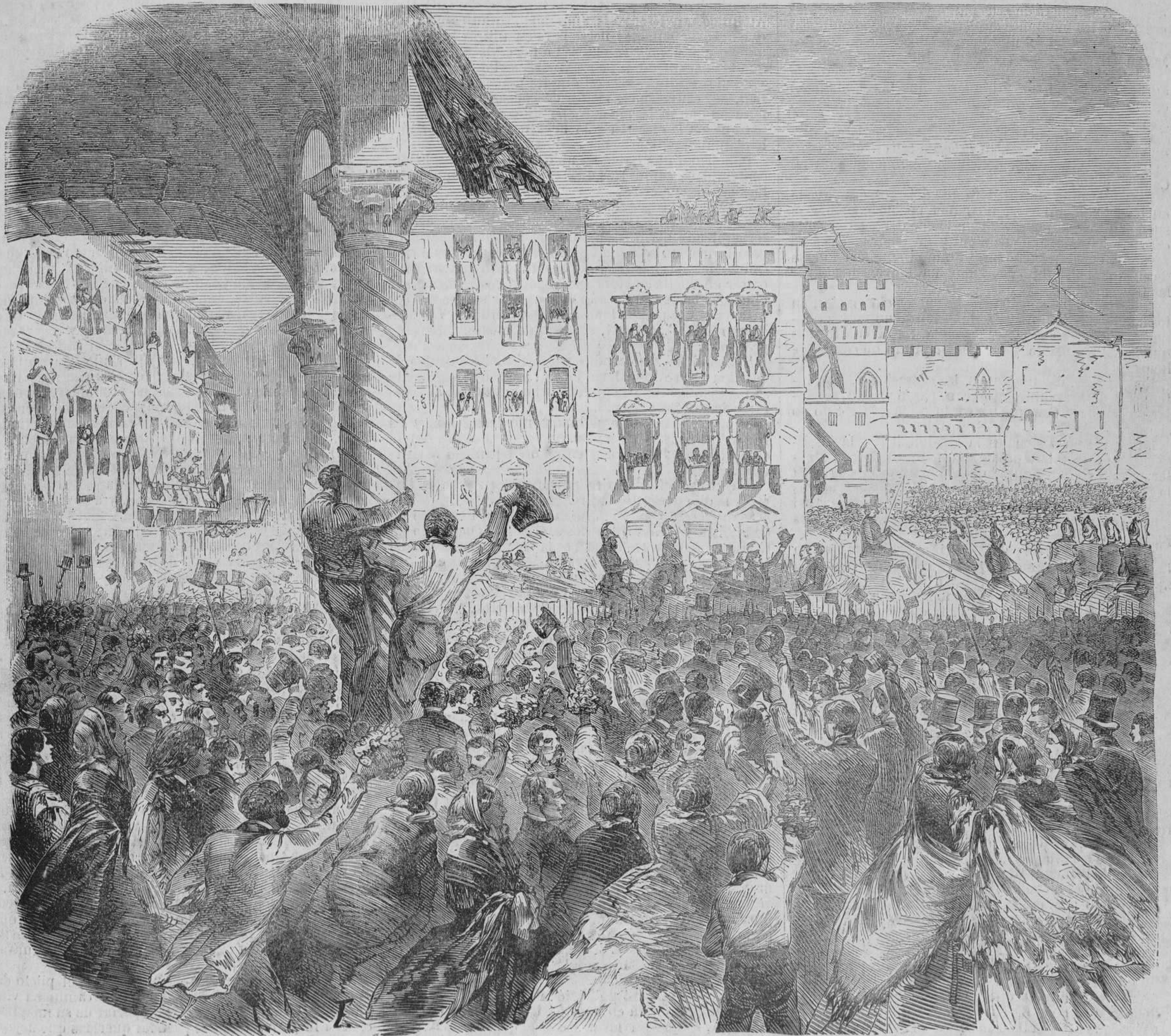
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 348.



OVACION HECHA AL SEÑOR BUONCOMPAGNI, EX-COMISARIO SARDO A SU SALIDA DE FLORENCIA. (Véase el artículo : Sucesos de Toscana.)

## SUMARIO.

Obra hecha en Florencia al comisario sardo; grabado. — Un viaje redondo. — Cambio de costumbres. — El general Elloa; grabado. — Sucesos de Toscana; grabado. — Regalos hechos al conde de Cavour y á los generales Garibaldi y Elloa; grabados. — Exposición de la sociedad filomática de Burdeos; grabado. — Revista de París. — Estudios crítico-literarios. — El campo militar de Saint-Maur; grabados. — Las conferencias de Zurich; grabados. — Para el amor y muerte no hay cosa fuerte. — Llegada de tropas francesas á Tolon; grabados. — El coronel Jourjon; grabado. — Tahona volante del ejército de Italia en Génova; grabado. — La hija del mar. — El tiempo. — Revista de la moda. — El teatro imperial del palacio de Dolma-Baghté en Constantinopla; grabado.

## Un viaje redondo.

## II.

ZARPA CASIMIRO DE LA CONCHA PATERNA Y CORRE A TODO TRAPO A LA CAZA DE LA FORTUNA.

El sol principiaba á dorar las elevadas crestas de las montañas que limitan por uno y otro lado el estrecho valle del Aller, y que siguen la tortuosa corriente de este río hasta su confluencia con el Nalon, formando un caprichoso laberinto.

Era una hermosa mañana de mayo, y cuatro días despues de la escena que acabamos de describir, y que tan tristemente había terminado.

Contra lo que de ordinario sucede en aquel hermoso país, el valle no se hallaba cubierto de las espesas nieblas que á manera de toldo interceptan los rayos solares, hasta que el astro del día ha recorrido por lo menos la cuarta parte de su diurna carrera, y que vistas desde las cumbres de los montes vecinos, representan un tranquilo y dilatado golfo de cuya superficie se destacan, á manera de islas pintorescas y frondosas, las crestas de las montañas cubiertas de hayas gigantes que los rayos del sol iluminan produciendo en sus hojas cubiertas de rocío vivísimos cambiantes.

El día se había presentado claro y sereno desde la aurora, y los mirlos y jilgueros que tanto abundan en aquella comarca, saltaban alegres de rama en rama, llenando el aire con sus melodiosos trinos.

Era el día señalado para la marcha de Casimiro; porque el piloto del bergantín *Pelayo* estaba haciendo falta á bordo, y no podía detenerse un solo día mas en Cabañaquinta.

Eloisa, la niña encantadora que dejamos desmayada en el artículo anterior, no había podido conciliar el sueño en toda la noche, y cansada de dar vueltas en la cama la había abandonado muy de madrugada para respirar, en el pequeño jardín que circundaba la casa de su tío, el aire puro de la mañana, embalsamado por las flores.

La aureola que cercaba sus hermosos ojos azules, en los cuales se vislumbraba una intensa aunque resignada melancolía, estaba encendida. Hacía cuatro días que aquella sensible y cariñosa criatura no cesaba de llorar.

En la niñez, dicen algunos, las sensaciones, por intensas y desagradables que sean, pasan pronto, sin dejar en pos de sí mas que un confuso recuerdo. Esto no siempre es exacto.

Hay niños en los cuales la sensibilidad y la inteligencia se desarrollan prodigiosamente antes de lo regular, y mas si han apurado desde la aurora de la vida la hiel de la desgracia; si se han visto privados en sus primeros años de los tiernos halagos de una madre; si han carecido de hermanos que les acompañasen en sus juegos infantiles.

¿Quién es capaz de calcular la influencia que ejercen la soledad y la desgracia sobre el corazón de un niño nacido para el amor y la ternura?

Eloisa recorrió una tras otra todas las calles de su jardín; se detuvo delante de cada una de las macetas de flores acariciando á estas y mezclando á las perlas de rocío que las esmaltaban, algunas lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos.

Al llegar á un pequeño cenador, formado de cañas y cubierto de enredaderas, madreselva y menudas rosas de Alejandría, se detuvo un momento ante una planta de pensamientos; cogió el que le parecía mas hermoso, lo cubrió de besos, lo colocó en su seno, y se dejó caer angustiada sobre un asiento rústico oculto tras el follaje, mientras que sus ojos, arrasados de lágrimas, se fijaban con tenacidad en la ventana de una casa vecina.

¿Cuán hechicera estaba entonces aquella tierna y sensible criatura! ¿Cómo realzaba los encantos de su rostro angelical la tristeza en que parecía abismada!... Blanca como el alabastro, los luengos y sedosos rizos de sus dorados cabellos caían en desorden cubriendo y acariciando blandamente sus torneados hombros, su acarado é hiniesto cuello y sus hermosas espaldas.

Un vestido azul celeste sembrado de menudas flores blancas cubría su cuerpo esbelto; ligero y primorosamente formado, dejando descubiertos unos piés diminutos, y sobre cuya faldita descansaban sus pequeñas y blanquísimas manos jugando con un pañuelo, que aplicaba muy á menudo á los ojos.

Si hubiérais llegado en aquel momento al cenador, hubierais tomado á Eloisa por una estatua de Calipso.

¿Y porqué aquella inocente niña se entregaba á tan honda tristeza y contemplaba sus flores con tan notable melancolía?

¿Porqué!

Porque Casimiro la acompañaba á regar todos los

días aquellas flores. á escardar las plantas, á cuidar de que en las calles del jardín, arenadas por él, no hubiese una sola yerba; y Casimiro debía marchar dentro de una hora; iba á dejarla sola y á olvidarla quizás.

¿Qué extraño es que la pobre huérfana, acostumbrada á verle casi á todas horas, á referirle sus cuitas y sus pesares, y á tratarle en fin como á un hermano, se entristeciese y llorase ante la soledad que la esperaba?

La ventana en que tenía fijadas sus miradas se abrió al poco rato y apareció en ella Casimiro. Sus ojos se encontraron con los de Eloisa; permaneció un instante contemplándola; depositó en sus dedos un beso que mandó por los aires á la niña, y desapareció.

Cinco minutos despues se hallaba en el jardín, sentado junto á Eloisa y llorando con ella.

¿Se amaban ya?

Si hubiérais dirigido está pregunta á Catalina y al párroco de Cabañaquinta, la primera os contestaría — quizás — al paso que el segundo se habría reído de lo que llamaría vuestra simpleza. Pero en cuestión de amores entre el parecer de una mujer sensible y joven aun, y el de un hombre que arrastrado por su vocación religiosa, se había consagrado á la Iglesia desde sus primeros años, obtamos por el de aquella.

Y si bien no es probable que los tiernos corazones de aquellos dos niños encerrasen un amor completamente desarrollado, había caído en ellos la semilla, y principiaba á germinar de una manera sensible.

Tras unos instantes de expresivo silencio, Eloisa tomó de su seno el pensamiento que acababa de coger, y se le entregó á Casimiro. Este, despues de cubrirlo de besos y de guardarlo en un librito de oraciones que su buena madre le había comprado el día anterior, se acercó á un rosal, cortó de él una rosa blanca cuyo capullo no se había abierto aun enteramente, y la prendió en la cabeza de Eloisa.

Si aquellos dos huérfanos, entre los cuales se interpondría dentro de pocos días la inmensidad del Océano Atlántico, tuviesen seis años mas, se hubiera creído que al coger aquellas flores para su último regalo, se habían querido decir, ella — no me olvides; — y él — que te encuentre pura á mi vuelta. — Pero en su edad, y criados en una aldea en que las pasiones se desarrollan, por causas harto fáciles de comprender, con mas lentitud que en las ciudades populosas, debemos suponer que en la elección solo la casualidad ó el instinto habían intervenido.

Pumarino, que había seguido de cerca á su sobrino, contemplaba oculto tras un corpulento manzano aquella tiernísima escena.

— ¡Voto á los penoles del *Pelayo*! — exclamó frotándose alegremente las manos y sonriendo de placer. — Hé aquí dos hermosos cascotes que parecen contruidos para formar un solo buque, como los vapores que surcan el Misisipi. Lástima que el mio tenga que zarpar y correr en vuelta de afuera por espacio de algunos años. ¡Cuántas borrascas habrán de aguantar sus tiernos corazones antes que vuelvan á fondear juntos!; Y si fondearan al fin!... pero sí, sí: Dios es bueno, y Dios los protegerá.

Y abandonó su escondite para salir al encuentro de Catalina que se acercaba al jardín, y en cuyo semblante se notaban las huellas de lo mucho que sufría al separarse de su hijo.

El párroco salió en aquel momento de su casa, y los tres se dirigieron al cenador. Al verlos Eloisa se limpió cuidadosamente los ojos y entregó su pañuelo á Casimiro.

— Que tu pobre madre no conozca que hemos llorado, le dijo la sensible niña.

Seguido este consejo, que encerraba un mundo de delicadísima ternura, los dos salieron al encuentro de Catalina; se colocaron uno á cada lado, le tomaron ambas manos, y seguidos á corta distancia por el eclesiástico y el piloto que contemplaban con emoción aquel interesante grupo, se dirigieron á la iglesia.

La santa religion del Crucificado encierra, para el que sufre, un tesoro inagotable de inefables consuelos.

El tío de Eloisa dijo una misa dedicada á la Virgen del Buen Suceso, que el resto de la comitiva oyó con religioso fervor.

Un momento antes de concluirse, Pumarino se levantó cautelosamente; tocó al niño en el hombro con su bastón, y lo hizo señas para que le siguiese en silencio.

— ¡Casimiro! — le dijo en cuanto llegaron á la puerta del templo, — si tu afligida madre se halla presente cuando levemos el ancla, vamos á pasar todos, y ella en particular, un rato malísimo, y á mí, francamente, no me gusta correr esta clase de temporales.

— ¿Y hemos de marchar sin decirle adios, sin darle un abrazo? — le preguntó su sobrino mirándole asombrado.

— El señor cura tiene conocimiento de mi determinación; la detendrá un momento en la sacristía; la irá preparando por el camino cuando salgan de la iglesia, y en llegando á casa la dirá adios por nosotros. Y respecto al abrazo, — añadió el piloto mirando con intención á su sobrino, — Eloisa cuidará de dársele en tu nombre, y de consolarla con la tierna solicitud de una buena hija.

El niño se ruborizó y dirigió la vista al suelo. — El tiempo te irá enseñando, hijo mio, — continuó el piloto, — que en las despedidas que se presentan con cariz de patéticas, la mejor de las maniobras es dar la popa al chubasco, antes que llegue á descargar, escurriéndose á la sordina. A la puerta de casa nos esperan los caballos, montamos en ellos, forzamos de ve-

la, navegando á todo trapo hasta montar el primer cabo del camino, y yo te aseguro que á la media hora de viaje has de almorzar con mejor apetito y mas contento que si te hubieses despedido de tu madre.

El piloto del *Pelayo* dió el ejemplo á su sobrino acelerando el paso, y diez minutos despues sus sendos caballos seguían á todo escape la corriente del Aller en dirección á Mieres del Camino.

— ¡Top! ¡top! — gritaba Pumarino cuando se creyó bastante lejos del pueblo, esforzándose, aunque inútilmente, por detener á su caballo.

Pero el animal, que no debía estar muy familiarizado con aquel término marítimo, que sentía el acicate clavado cada vez con mayor violencia en sus ijares, aceleraba rápidamente su marcha, mientras que el piloto del *Pelayo*, tendido sobre la silla, fuertemente cogido á la crin con ambas manos y fuera ya los piés de los estribos, luchaba por aminorar el impulso de las sacudidas y por guardar un equilibrio que iba perdiendo por instantes.

Los marineros son, por regla general, unos jinetes detestables, y hasta presentan á caballo una figura risiblemente ridícula.

Afortunadamente para nuestro hombre, su sobrino, que advirtió con tiempo el peligro, echó su caballo á todo escape por un atajo, y á los pocos segundos se interpuso al de Pumarino, que se detuvo por fin, dando lugar á que el criado que los seguía, saltando como un gamo de breña en breña, le sujetase de la brida.

Y ya era tiempo por cierto.

El piloto del *Pelayo*, sudando á mares y sin poder apenas respirar de miedo y de cansancio, colgaba ya por un lado hasta muy cerca del suelo.

— ¡Uf! — exclamaba dejándose caer sobre la yerba que crecía á orillas del camino, — no quiero buques que se gobiernen por la proa. ¡Maldito animal!... Si no llegais tan á tiempo, me arroja al agua como madera de respeto por el estado de habor, y ¡por san Telmo! que no hubieran sido cortas las averías. Pero al fin, — añadió tranquilizándose y limpiando el copioso sudor que corría por su frente; — ya hemos tomado puerto seguro; ya estamos en salvo.

— Si no hubierais picado tanto el caballo...

— ¡Voto á mil borrascas! ¿No comprendes, hijo mio, que era preciso correr á un descuartelar hasta perder de vista á Cabañaquinta, aun á trueque de embarrancar en la costa? Ahora que tu pobre madre no puede vernos, por mucho que alargue el catalejo, demos fondo por un rato en esta concha, que nos ofrece un seguro y magnífico tenedero, y echemos á bordo algunos quintales de lastre, porque siento la bodega enteramente vacía.

El criado del cura que los acompañaba para volverse con los caballos, y que estaba acostumbrado al lenguaje especial de Pumarino, sacó de las alforjas una fiambra que la buena Catalina había cuidado de llenar de viandas suculentas, una bota repleta de excelente vino blanco de la Nava, regalo que les había hecho el tío de Eloisa, y un pan que estaba caliente aun, y que pesaba por lo menos ocho libras.

Casimiro ató los caballos á un castaño, se sentaron sobre la yerba y almorzaron los tres con muy buen apetito, cuidando Pumarino de no pronunciar los nombres de Catalina ni Eloisa para no despertar por entonces en el ánimo de su sobrino recuerdos desagradables, que habrían disminuido sus ganas de comer.

Si nuestros caminantes hubieran podido examinar el dormitorio de la primera á través de la montaña que los separaba de Cabañaquinta, habrían visto á la triste Catalina desmayada sobre su lecho, y á la encantadora Eloisa haciéndola respirar las emanaciones de un frasquito lleno de éter, cubriéndola de caricias y de besos, como lo hubiera hecho la hija mas sensible, y regando el seno de la afligida viuda de ardorosas lágrimas, que la vista de aquel triste espectáculo y la ausencia de Casimiro arrancaban á sus tiernos ojos.

La afligida Catalina, á pesar de que el párroco le había hecho entrever la posibilidad de que su cuñado, deseoso de evitarla un momento de angustia, se hubiese marchado sin decir adios, había recorrido precipitadamente una tras otra todas las habitaciones de la casa llamando á gritos á su hijo, con el delirio de una mujer que hubiese perdido la razón, y cuando al fin pudo convencerse de que lo buscaba en vano, prorumpió en convulsivos sollozos, hasta caer en los brazos de la niña que la seguía llorando á todas partes.

Gracias á los tiernos cuidados que el cura y su sobrina la prodigaron, Catalina recobró pronto el uso de la razón, estrechó contra su oprimido pecho á la criatura angelical que con tal solicitud la cuidaba, derramó un torrente de lágrimas, y se fué tranquilizando paulatinamente, cuanto puede tranquilizarse una madre cariñosa que se separa por primera vez de su hijo, á quien no podía abrazar en muchos años, y que lucha con la idea desgarradora de no volver quizás á verle nunca.

Los viajeros habían concluido de almorzar y emprendieron de nuevo su camino con menos celeridad que en un principio, porque á mas de no ser ya necesaria, no quería exponerse Pumarino á que su cabalgadura le arrojase por las orejas.

A pesar de los esfuerzos que empleaba el piloto del *Pelayo* para distraer á su sobrino, éste caminaba visiblemente contristado, sin poder apartar de su imaginación la imagen de las dos prendas queridas que dejaba en Cabañaquinta.

Las once de la mañana serian cuando entraron en la capital del antiguo principado de Asturias.

Casimiro no había estado nunca en Oviedo, y su tío,

con ánimo de ocupar su infantil imaginación mientras en la posada les preparaban la comida, le llevó al campo de San Francisco, al entonces naciente paseo del Bombé, á la universidad, al hospicio y á la catedral, que son los únicos objetos notables que ofrece aquella ciudad á los forasteros que la visitan.

A las cuatro emprendieron de nuevo su camino, y cinco horas despues entraban en Gijón por la puerta de la villa.

En la posada los esperaban; cenaron, y á las once de la noche un sueño benéfico y reparador habia cerrado ya sus párpados.

Si os hubierais acercado entonces á la cama en que dormía Casimiro, le oiríais suspirar á menudo, respirar con dificultad, cual si fuese presa de una angustiosa pesadilla, y pronunciar confusamente los nombres de su madre y de Eloisa.

El pobre huérfano soñaba con lo que tenia en el mundo de mas querido, y quizás luchaba con la idea de separarse de su lado sin haberlas estrechado contra su corazón.

Es mas que probable que á la misma hora las desensibles y desgraciadas criaturas cuyos nombres pronunciaba, soñasen tambien con él.

Pasadas las cuatro primeras horas en que el cansancio de una caminata bastante larga para un niño que no habia traspasado hasta entonces los límites del concejo de Aller, tuvo, mas bien que dormido, aletargado á Casimiro, la campana del reloj de la villa, situado á muy corta distancia de la posada, le despertó al dar las tres, y desde aquel momento el crugido constante y atronador de los golpes de mar, que corren y se rompen con una velocidad y una violencia extraordinaria en los arenales de San Lorenzo, principió por alarmarle y concluyó por infundirle miedo y por impedirle que recobrase de nuevo el sueño.

La luz del crepúsculo introdujo media hora despues alguna claridad en su alcoba, y cansado de dar vueltas en la cama, se vistió antes que sonasen las cinco.

Pumarino era madurador por costumbre; el criado del cura párroco de Cabañaquinta que tenia que regresar con los caballos aquel mismo día segun las instrucciones que habia recibido de su amo, deseaba ver el mar y los buques antes de marchar, y á las cinco poco mas se hallaban nuestros tres personajes contemplando desde los paredones inmediatos á la iglesia las rompientes del arenal que tanto temor habian infundido á Casimiro.

Se dirigieron despues á la atalaya de Santa Catalina, desde cuya cúspide se descubre en toda su extension la concha, limitada al N. por un horizonte extenso, y al O. y E. por las puntas avanzadas de Torres y San Lorenzo, y de cuyo centro se destaca la hermosa villa de Gijón, bañada en su mayor parte por las olas á manera de una pequeña península.

El aspecto del mar por tranquilo que se hallé es siempre grandioso é imponente á la vez, y tanto Casimiro como el aldeano que la veian por la primera vez, la contemplaban extasiados y con asombro, éxtasis y asombro que llegaron á una altura imponderable cuando habiendo bajado al puerto, se hallaron frente al gran número de buques surtos en su dársena y atracados á los muelles, que recorrieron uno tras otro.

Las preguntas y observaciones que los dos, y mas particularmente el segundo, dirigian á Pumarino, se sucedian y atropellaban sin descanso: todo llamaba su atención, de todo querian saber el nombre y el destino, porque cuanto veian era para ellos nuevo y extraño.

— ¿Cuánto tiempo tiene este barco? — preguntó el labriego al piloto, indicando el mayor de los buques que habia entonces en la dársena.

— Seis ó siete años cuando mas.

— ¡Hola! pues ya es grandecito!... ¿Y este otro tan chiquitín y tan guapo? — prosiguió el aldeano señalando un bote botado al agua en la semana anterior y que estaban acabando de pintar.

— Ocho días.

— ¡Diablo, señor Pumarino! Pues dígame á Vd. que en teniendo veinte años será mas grande que la cuesta de Navaño si va creciendo tanto como el otro.

El piloto del *Pelayo* se reía de la inocencia y de la sencillez de su interlocutor, y siguió enseñándole cuanto de notable habia en el puerto, hasta llegar al bergantín en que navegaba y en el cual entraron, recorriéndole de popa á proa y examinando uno por uno todos sus departamentos.

— Y diga Vd., señor Pumarino, — seguia preguntando el criado, — ¿cómo se llaman estas cuerdas?

— Escotas.

— ¿Y para qué sirven?

— Para cazarlas. — (Los marineros pronuncian por lo general casarlas.)

— ¡Qué barbaridad! ¡Y luego dicen por mi tierra que solo se casan los cristianos! ¿Y estas otras?

— Escotines.

— Serán los hijos de las otras, ¿no es verdad? ¡Cuánto va á reirse el señor cura cuando le diga que en los barcos se casan hasta las cuerdas, y que las picaras saben darse tan buena maña, que tienen hijos casi tan grandes y tan gordos como ellas!

Los marineros del *Pelayo* tuvieron que violentarse mucho para no soñar la carcajada.

El sol que principiaba á calentar, trajo á la memoria del aldeano sus caballos y las ocho leguas que tenia que andar aquel día; y aunque con marcado disgusto se alejó del muelle, se dirigió con sus dos compañeros á la posada, almorzó pensando en el casamiento y los

hijos de las escotas, y emprendió por fin su viaje para Cabañaquinta.

Casimiro experimentó al verle marchar un movimiento de envidia, considerando que aquel hombre veria otra vez á su madre y Eloisa, mientras él careceria de este placer durante muchos años.

Los días que mediaron hasta la salida del bergantín, los empleó el piloto en prevenir á su sobrino contra los efectos del mareo, á cuyo fin le instaló desde luego en el buque, compartiendo con él su propia cama, le hacia salir todos los días á zalearse por la concha en el bote de abordó y cada vez mas afuera, le llevó consigo á Luanco, distante de allí dos leguas, cuando antes de marchar fué á despedirse de sus amigos y parientes, para cuya expedición eligió un día en que la mar se hallaba algun tanto picada, y le embarcó por fin varias veces en las lanchas que iban á la pesca de sardinas, y en las cuales basta el nauseabundo olor de raba, de que se sirven como cebo, para trastornar un estómago de bronce.

Casimiro sufrió todas estas pruebas graduales sin experimentar la menor novedad, y Pumarino quedó contentísimo al adquirir el convencimiento de que su sobrino era inaccesible al mareo, y esperó mas satisfecho ya el momento de darse á la vela.

BALDOMERO MENENDEZ.

### Cambio de costumbres.

#### LOS COCHES.

Desde que el príncipe Don Juan de Austria solia ir á visitar á Nuestra Señora de Regla, en Andalucía, con la duquesa de Medina en una carreta de bueyes; desde que Enrique IV de Francia se excusaba con Sully de no haber podido ir á verle, porque la reina su esposa habia tomado el coche, ¿que de cambios, cuántos adelantos en la útil invención de ser trasportados cómoda y prontamente de uno á otro lugar?...

Entramos ahora en el mundo en coche, y en coche nos sacan tambien de él. Nos toma un carruaje al llegar, nos apeamos en la estación de la vida, y luego otro carruaje, preparado al efecto, nos conduce á otra estación... la de la eternidad.

Significativa alegoría del rápido tránsito de esta vida, hecho con prontitud, con lujo, y si se quiere con comodidad.

El coche es un carro cubierto y adornado de cuatro ruedas, del que tiran caballos ó mulas. Algunos quieren, dice Covarrubias, que se haya dicho coche, *quasi curroche*, como carroza de *curroza* á *curru*.

A otros les parece haber tomado el nombre del verbo francés *coucher*, *cubare*, por ir dentro del coche como echado en su cama. Y tambien los hay que dicen se deriva de una poblacion de Hungría en la que suponen fueron inventados, ó de la voz alemana *gutsche*, lecho de reposo.

La invención no data mas allá del siglo XVI. Antes de esta época, y aun mucho despues de ella, las gentes distinguidas viajaban en litera ó andas, y por las ciudades en silla de mano, ó á caballo, por lo comun en mulas, particularmente los médicos.

Gonzalo Fernandez de Oviedo dice que la princesa Margarita, cuando vino á casar con el príncipe Don Juan, trajo el uso de los coches de cuatro ruedas, y que habiéndose vuelto viuda á Flandes, cesaron tales carros, y quedaron las literas que antes se usaban.

El primer coche que se vió en la península fué por los años de 1546, segun lo expresa Mendez Silva en su *Catálogo Real de España*.

Sin embargo, Vanderkamen, historiador de Don Juan de Austria, supone que el primer coche que anduvo por estos reinos fué el que trajo en 1554 Carlos Pubest, criado del emperador Carlos V.

El día 23 de febrero de 1559 hizo su magnífica entrada en Barcelona el lugar teniente general don García de Toledo con su esposa doña Victoria Colona, en un magnífico coche, que las crónicas de aquellos tiempos califican de *carrotót d'aurat de dins y de fora á la italiana*, carro ó coche enteramente dorado por dentro y por fuera á la italiana. Este sería sin duda el primer coche que se vió en Barcelona.

En Francia no eran en aquel entonces mas abundantes los coches. Enrique IV se excusaba con Sully, como hemos dicho, de no haber podido ir á verle porque su mujer habia tomado su coche.

En tiempo de Francisco I no habia todavía en Paris mas que tres *carrozas* ó *coches*: el de la reina, el de Diana de Poitiers, hija natural de Enrique II, y el tercero pertenecía á René ó Renato de Laval, que no podia ir á caballo, ni andar, por ser tan grueso.

Felipe II prohibió en 14 de octubre de 1579 las carrozas con seda y guarniciones de oro y plata.

Felipe III, por pragmática dada en San Lorenzo á 2 de enero de 1600, y luego por otras publicadas en Madrid á 3 de enero y 7 de abril de 1611, prohibió los forros, cubiertas y bordados de oro, plata y seda en las sillas de manos, coches y literas.

Felipe V, en 5 de noviembre de 1723, dispuso el adorno que debian tener los coches y sillas de mano, con arreglo á lo mandado en la ley precedente.

Felipe III, por pragmática de 1604 y por otra de 1611, prohibió usar los hombres de sillas de manos.

El mismo monarca, en 3 de enero del referido año de 1611, limitó el uso del coche á determinadas personas.

Segun nuestras leyes recopiladas, estaba prohibido el uso del coche ú otro carruaje en la corte en los tres días últimos de la Semana Santa; esto es, durante el juéves, viérnes y sábado, bajo una determinada pena, salvo con licencia del alcalde del cuartel, dada por escrito, etc.

La etimología de *carroza* se deriva del italiano *corrochio*, que significa un carro de cuatro ruedas, sobre el cual llevaban antiguamente los italianos sus estandartes al ir á la guerra; al paso que otros se inclinan á creer que viene del latin *carruca*, nombre de una especie de carro para conducir gente.

El carruaje dicho *berlina* se llama así porque fué inventado en Berlin, capital de la Prusia. Felipe Chiese, primer arquitecto de Federico Guillermo, elector de Brandebourg, fué el inventor de ella.

Algunos quieren que el honor de su invención se deba á los italianos, y que este nombre se derive de *Berlina*, nombre que ellos dan á una especie de catafalco en que hacen subir á los reos que exponen á la vergüenza pública.

La especie de coches de alquiler llamados *Fiacres* y tambien *Simones*, tomaron el nombre de la posada *Saint Fiacre* de Paris, en la calle de San Martin, en la cual residia su inventor, llamado Sauvage, en tiempo de Luis XIV, y de su primer conductor, que se llamaba *Simon*.

Los *Carabás* eran una especie de carruajes omnibus, que principiaron á usarse para ir de Paris á Versailles ó á San German.

Usáronse tambien unos coches llamados *Birrotones*, porque solo tenian dos ruedas, y fueron de los primeros que se generalizaron en Madrid cuando la invención de los coches.

El nombre de los llamados *Media-fortuna* aludia á que eran coches de menos capacidad y tirados por solo una caballería.

Los *Volantes* se llamaron así por su ligereza y por la rapidez con que marchaban.

Los carruajes conocidos con el nombre de mensajerías diligencias, etc., fueron establecidos por primera vez en Francia á cuenta de las universidades literarias para la conducción y transporte de los estudiantes en ellas. Los conductores eran responsables del comportamiento de los escolares durante el viaje.

En 1595 Enrique III de Francia estableció mensajerías reales, concediendo desde entonces á la universidad de Paris cierto derecho sobre ellas por via de indemnización, que cobró hasta el año 1719.

Muy luego el público comenzó á encargarles algunas cartas y la conducción de ciertas mercancías, tomando el mayor desarrollo.

En 1818 se establecieron en Barcelona.

En 1825 se crearon en Paris, luego en Lóndres, y sucesivamente en Barcelona, una especie de mensajerías para el transporte de personas y efectos de un cuartel de ciudad á otro, á cuyos carruajes, por su gran capacidad se les dió el nombre de *Omnibus*.

### El general Ulloa.

El general Ulloa, que está figurando al frente del ejército de Toscana, es napolitano, y tiene hoy cuarenta y seis años. Su familia, de origen español y de una nobleza muy antigua, figura hace muchos siglos entre la grandeza de Nápoles, con el ducado de Lauria, que posee la rama primogénita.

Gerónimo Ulloa hizo sus estudios en la escuela militar de Nápoles de donde salieron los Cosenz, los dos Mezzacapo, los Boldani y otros oficiales muy distinguidos. Ulloa salió con el grado de alférez de artillería, y sus opiniones liberales muy pronunciadas ya le malquistaron con sus jefes. Cuando la revolución de 1848, Ulloa era capitán y profesor en la escuela militar. El general Pepe, nombrado comandante de las tropas enviadas en socorro de la alta Italia, conocia al capitán Ulloa y le estimaba mucho; así fué que le nombró jefe subalterno de estado mayor. El ejército napolitano se puso en marcha, y su aparición en el teatro de la guerra habria cambiado mucho el aspecto de las cosas, cuando recibió en Bolonia la orden de retroceder inmediatamente. Acababan de ocurrir en Nápoles los deplorables sucesos del 15 de mayo, y el rey tenia que apelar á todas sus fuerzas.

Fué aquel un momento doloroso. Colocados entre su amor á la Italia y la obediencia militar, muchos no sabian á qué resolverse. Un coronel se pegó un pistoletazo al frente de su regimiento. Los generales optaron por el regreso y arrastraron consigo á la mayor parte de los soldados. El comandante en jefe Pepe no quiso obedecer; y se unieron con él algunos miles de voluntarios napolitanos así como una parte de la artillería y varios oficiales de todas armas. Pepe marchó á Venecia, donde el gobierno provisional le confió el cuidado de su defensa. Ulloa, que estaba con el general, fué nombrado jefe de estado mayor; y á decir verdad, sobre él cayó desde entonces todo el peso del mando. Pepe, hombre político mas bien que soldado, no poseia ni la energía ni los talentos que requería el mando en tales circunstancias.

La resistencia heroica de Venecia, abandonada de todos contra las fuerzas reunidas de la monarquía austriaca durante quince meses, es una de las grandes páginas de la historia militar de la Italia. El coronel Ulloa adquirió allí una gloria imperecedera. Su nombre ha quedado ligado á la defensa de los fuertes de Malghera,

defensa que hizo la admiración de la Europa. En los últimos meses del sitio, Ulloa, nombrado general, fué el alma de aquel pueblo; Manin y el general lo hacían todo, y cuando ya no fué posible sostenerse más, cuando Venecia, aniquilada con el cólera y el hambre, falta de defensores y de municiones, debió abrir sus puertas al enemigo, el respeto involuntario de los jefes austriacos por aquellos dos hombres valió á la ciudad una capitulación honrosa.

El general Ulloa vino entonces á Paris, donde vivió diez años entregado al estudio, y estimado y considerado por todos los que le han tratado, como uno de los hombres eminentes que eran aun la esperanza de la patria. En cuanto se anunció la guerra, el ilustre emigrado se apresuró á poner su espada al servicio del rey de Cerdeña.

Encargado al principio como Garibaldi de organizar un cuerpo de voluntarios bajo el nombre de *cazadores de los Apeninos*, se hallaba apenas en Turin, cuando tuvo lugar el movimiento de la Toscana en favor de la alianza piemontesa, seguido de la marcha del gran duque. El gobierno de Florencia, dando el ejemplo de esa fusión de las provincias que va á constituir el hermoso reino de la alta Italia, encargó al punto la dictadura al rey Victor Manuel, y el general Ulloa fué enviado para organizar militarmente el país en favor de la santa empresa de la independencia italiana.

El general Ulloa, soldado ilustre y gran ciudadano, disfruta de una gran consideración en Turin, en Venecia, en Milan y en Nápoles.

C. DE LA V.

### Sucesos de Toscana.

Fija la atención pública en la Italia central, cuantos acontecimientos se producen en ella excitan un interés cada día mayor.

Tan pronto como fué constituida la Cámara toscana, el señor Ricasoli, jefe del gobierno provisional, leyó un mensaje que



EL GENERAL ULLOA.

exponía los hechos ocurridos desde el principio de la guerra y los pasos que se habían dado cerca del emperador Napoleon, á fin de conocer sus intenciones acerca del porvenir de la Toscana. Dijo el señor Ricasoli que el emperador había manifestado categóricamente al enviado toscano que no habría intervención armada en Toscana, y que los deseos expresados por los representantes del país serían debidamente atendidos; añadió que también el rey Victor Manuel había hablado en idéntico sentido y excitado además á los pueblos de la Italia central á seguir el ejemplo que él les da, ahogando sus pesares en su corazón; y concluyó anunciando que la Toscana tenía abiertas negociaciones con los otros Estados para llegar á formar una liga defensiva, establecer la mancomunidad nacional, á fin de que los esfuerzos aislados de cada Estado no fueran impotentes, y que en caso necesario el ejército toscano daría la última batalla en favor de la independencia italiana.

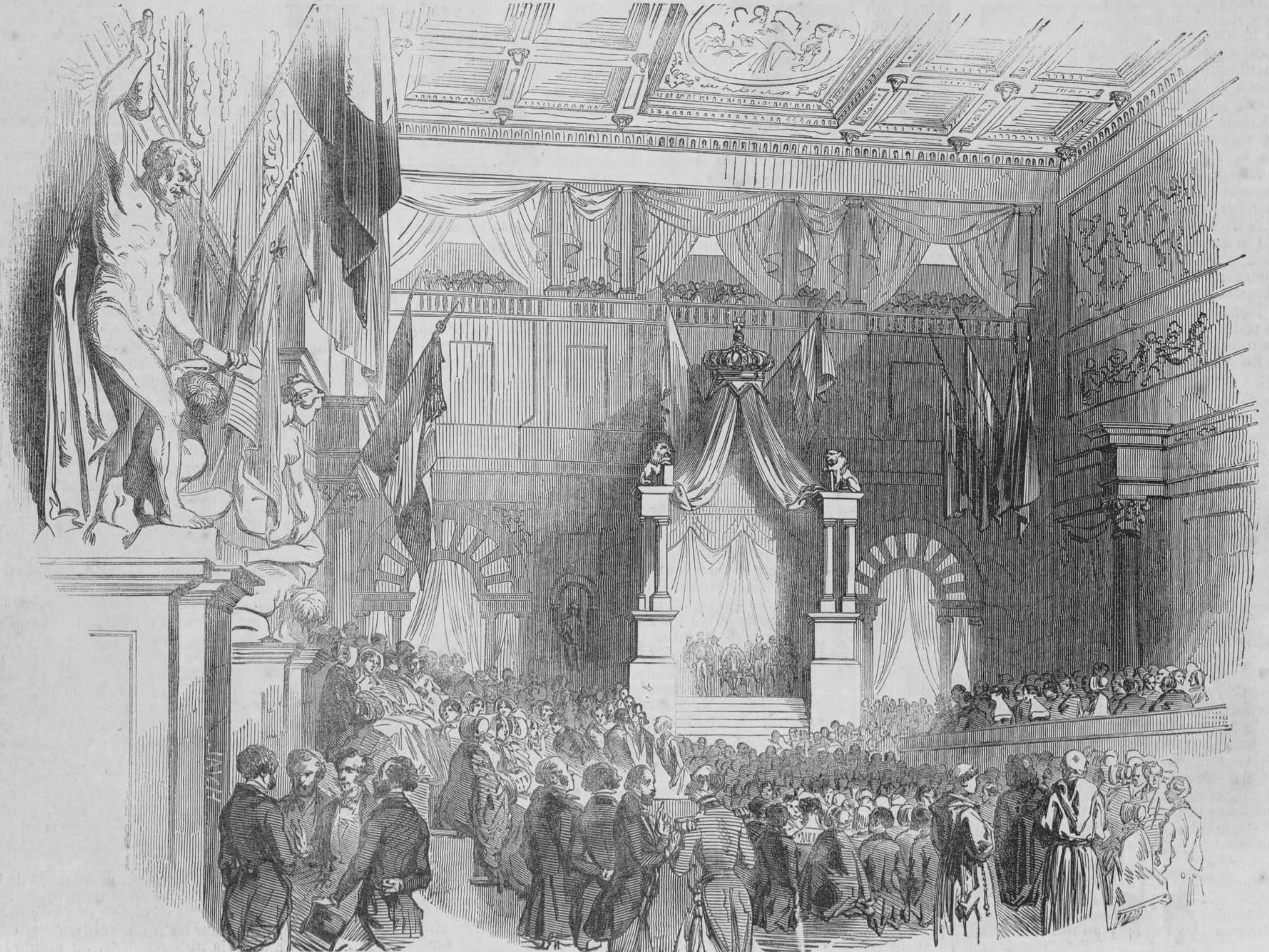
Después que la Cámara hubo escuchado este mensaje, el marqués de Ginori, miembro de la Asamblea, presentó la siguiente proposición relativa á la exclusión del trono de la casa de Lorena:

« Considerando que los hechos preparados hace muchos años y madurados de algunos meses á esta parte han demostrado hasta la evidencia cuán fuertemente arraigado está entre los toscanos el sentimiento universal de la nacionalidad italiana, su amor á ella, así como la intención de constituirla y sostenerla;

» Considerando que estos sentimientos y miras han sido manifestados con extraordinario concurso y admirable unanimidad en la elección de diputados á la Asamblea, elegidos en todas partes en conformidad con este principio;

» Considerando que todo ello ha sido hecho y se mantiene sin la menor perturbación del orden público, y que la idea dominante, hasta en las ínfimas clases de la sociedad, es en el día la de conservarlo;

» Considerando que la casa austro-lorena, que durante un tiempo mereció bien



LA ASAMBLEA NACIONAL TOSкана VOTANDO POR UNANIMIDAD LA ANEXION AL PIEMONTE.

de la Toscana, ha roto voluntariamente los lazos que la unian á este país, y que despues de la restauracion del 12 de abril de 1849, con sus actos y declaraciones ha convencido á los espiritus de que aun en el caso en que declarase querer restablecer el estatuto fundamental que abolió y aceptar la bandera tricolor italiana que hasta ahora ha combatido abiertamente, no pudiendo ya ligar su suerte á la causa nacional, no puede obtener la confianza de los toscanos, ni la autoridad moral, base necesaria de todo gobierno:

» La Asamblea declara que la dinastía de Lorena, que el 27 de abril de 1859 abandonó la Toscana voluntariamente, sin dejar ninguna forma de gobierno, para pasarse al campo enemigo, se ha hecho absolutamente incompatible con el orden y la felicidad de la Toscana; declara no conocer ningun medio para que esta dinastía pueda ser restablecida y conservada, sin ofender los sentimientos de las poblaciones, sin un constante é inevitable peligro de ver incesantemente turbada la paz pública y sin perjuicios para la Italia. Por estos motivos proclama formalmente que la dinastía de Lorena no puede ser llamada ni recibida para reinar de nuevo en Toscana.»

Esta proposicion fué tomada en consideracion por unanimidad, y la Cámara decidió pasase al exámen de las secciones. En la sesion del 16, el abogado Andreucci leyó su dictámen á la Asamblea, que por unanimidad de los 168 miembros que la componen, votó ser incompatible la dinastía de Lorena con los intereses de la Toscana.

Tambien ha sido aprobada otra proposicion en que se pedia la reunion á la Cerdeña, firmada por un diputado de cada una de las ciudades del ducado.

En la primera página de este número damos otro dibujo relativo tambien á la Toscana. Es la marcha del

REGALOS HECHOS AL CONDE DE CAVOUR Y Á LOS GENERALES GARIBALDI Y ULLOA.



señor Boncompagni, comisario sardo en Florencia, que recibe las señales del respeto y afecto que hizo nacer su excelente administracion.

Todos los ministros, los miembros de la municipalidad y la poblacion entera quisieron acompañarle hasta el ferro-carril.

Regalos hechos al conde de Cavour y á los generales Garibaldi y Ulloa.

Al principio de la guerra de Italia se abrió en Paris una suscripcion para hacer un obsequio al conde de Cavour y á los generales Garibaldi y Ulloa. La cantidad recogida cubrió los gastos de los tres objetos que se ven representados en nuestro dibujo y que fueron entregados al conde y á los generales en Italia por M. E. Texier, redactor del *Siecle*, encargado de la correspondencia

los productos cubre 6,452 metros de superficie de terreno; la superficie total limitada por los cercados es de 22,275 metros; la sala principal destinada á los objetos de lujo ocupa 3,000 metros; en la de la derecha están los hornos, las conservas alimenticias, los chocolates y la perfumería; en la de la izquierda las camas de hierro, los aparatos de destilacion y los carruajes; en los cruceros las máquinas y los productos cerámicos, y en los patios los productos agrícolas.

La forma del monumento es un paralelogramo; la

para el mismo periódico mientras ha durado la guerra.

Los objetos costeados por la suscripcion parisiense son estos: para el conde de Cavour una magnífica reduccion de la copa antigua de la villa Albani, hecha por M. Basbedienne; para el general Garibaldi una escopeta muy notable como arma, y preciosa por la delicadeza y el acabado de sus ornatos, por M. Ferdinand Claudin; — y para el general Ulloa una carabina cuya ejecucion hace el mayor honor á M. Devismes.

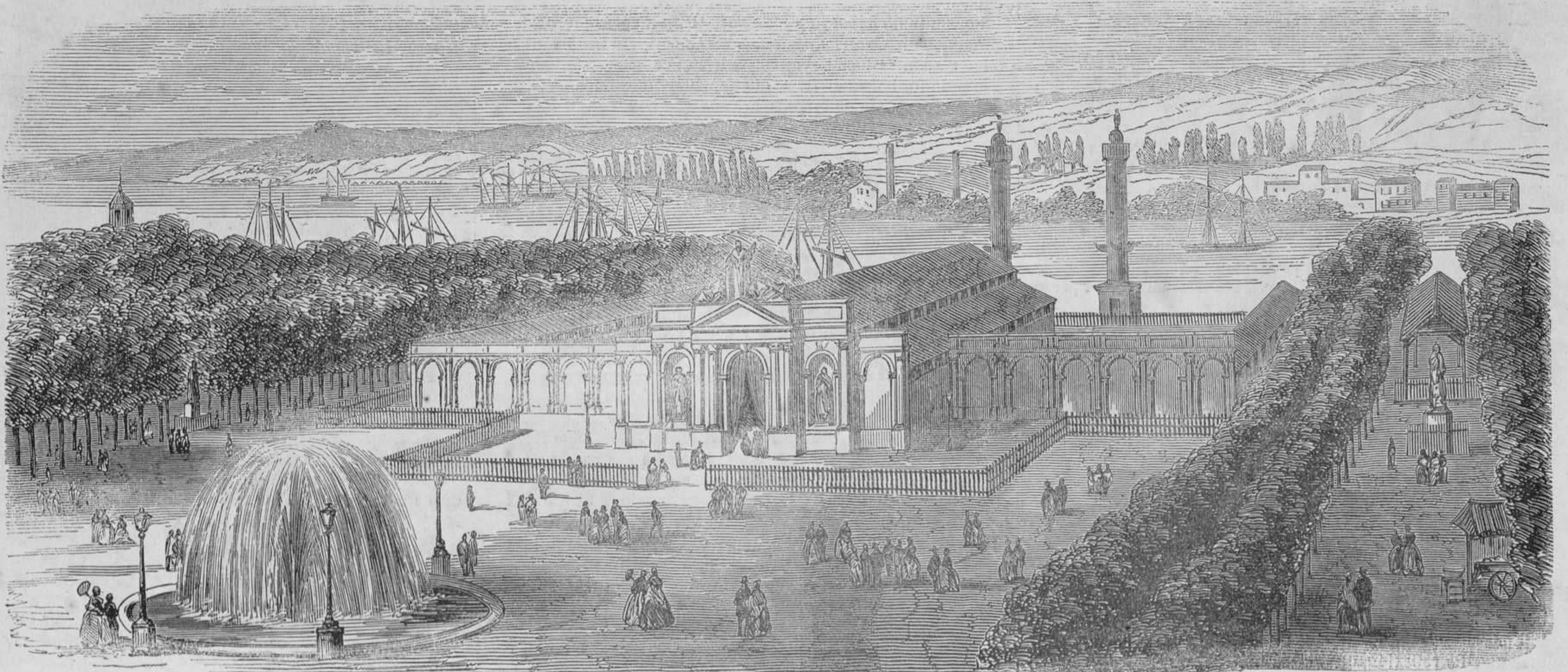
Exposicion

DE LA SOCIEDAD FILOMÁTICA DE BURDEOS.

Burdeos acaba de abrir una arena á las fiestas de la industria. El 20 de julio último se inauguró la décima exposicion pública de la sociedad filomática bordelesa, organizada por un comité compuesto de los señores Leon, Soulié, Cottineau, O. de Lacolange, de Pelleport, Souriaux y Brandebourg.

Se dispuso un edificio vasto y elegante situado en la esplanada de Quinconces, construido y adornado por M. Bergés, arquitecto, M. Coiffart, escultor, y M. Bachier, carpintero, para recibir los productos procedentes de la industria francesa y colonial.

Los expositores son mil doscientos; el conjunto de las construcciones erigidas para



EDIFICIOS DE LA EXPOSICION DE BURDEOS.

fachada, que mira al Oeste, está adornada con un pórtico de cuatro columnas, dos á cada lado. Estas cuatro columnas de orden corintio sostienen un fronton coronado con tres estatuas alegóricas; en el centro la ciudad de Burdeos que lleva en la mano derecha las armas de la ciudad y en la izquierda una corona, tiene á cada lado á Minerva y á Ceres. Este grupo, obra de M. Coiffart, produce el mejor efecto.

### Revista de París.

A mediados de la semana última los pacíficos paseantes de uno de los jardines públicos de París hubieron de presenciar una escena bastante confusa. Unos cuantos agentes del tribunal de comercio acababan de penetrar entre los árboles y habían preso á un joven que se paseaba melancólicamente en un sitio apartado.

El joven avergonzado hasta lo sumo pedía con timidez que le otorgaran un plazo, pues no ignoraba el motivo de su arresto; pero el jefe de aquellos hombres le intimaba la orden de que le siguiera.

Muy luego se formó un círculo de curiosos, y debemos decir que todos demostraban á cual mas una compasión profunda por la víctima de aquel acto de rigor.

Con efecto, la fisonomía de aquel joven era la mas suave y simpática que puede verse; tenía los ojos rasgados y de un azul oscuro, impregnados de amargura en aquel instante, pero en los cuales chispeaba la inteligencia; una frente despejada y un cutis de una palidez enfermiza que denotaba penosas tareas; por último, su traje era de una sencillez que tocaba á la miseria.

El percance que le sucedía hablaba mas claro aun; tenía pendiente una deuda que no podía pagar, y por esto le llevaban á la cárcel.

— ¡A Clichy! dijo el jefe de los agentes.

Los esbirros obedecieron y se encaminaron á Clichy con el joven.

Un hombre de cierta edad y vestido con lujo se acercó como los demás al sitio de la escena, habiendo interrumpido para ello la lectura de un libro con cubierta muy nueva que tenía en la mano.

— ¿Quién es ese joven á quien tratan Vds. con tanta dureza? preguntó á uno de los agentes.

— Un deudor que no paga, respondió este con cierta urbanidad causada por el aire imperioso del desconocido.

— ¿Y cuál es su nombre?

El agente declaró el nombre del deudor, y los ojos del desconocido se fijaron con presteza en el libro que tenía en la mano.

— ¿No se engaña Vd.?

— No, señor; es el mismo que digo.

Durante este coloquio los demás agentes habían salido del jardín y se llevaban al joven en un carruaje.

El desconocido les siguió en otro coche.

Cuando llegaron á la cárcel de Clichy ya el deudor insolvente estaba encerrado.

El desconocido dijo dos palabras al alcaide, y fué introducido en el cuarto del preso.

— Señor mio, le dijo con la mayor afabilidad, yo le conozco á Vd. y le tengo por el mejor de mis amigos.

— ¿Me conoce Vd.?

— Sí, señor; he pasado con Vd. una mañana deliciosa, y deseo que nos tratemos íntimamente.

Y á fin de cortar el asombro que causaban estas palabras al joven, sacó de su bolsillo el librito y se le enseñó.

— ¡Mis versos! exclamó el joven; ¿con que poseo un admirador tan indulgente?

— No uno, en breve tendrá Vd. un millón, todo francés será entusiasta por estas poesías antes de medio año.

— A fe mia, me confunde no saber...

— ¿Quién soy yo, ¿no es verdad?

— Justamente.

— Soy el conde de H...

— Muy señor mio; ¿y podría Vd. decirme, señor conde, qué buena fortuna me proporciona el honor de conocer á usted?

— La buena fortuna es para mí, querido poeta; deseo que comamos hoy juntos, y pensando que aceptaría Vd. mi convite, tengo ya encargada la comida.

— Todo eso está bien, exclamó el joven con una sonrisa triste; pero á menos que no comamos aquí...

— Nada de eso; acepte Vd. mi brazo y véngase conmigo.

Y efectivamente, como si un hechicero hubiera marchado delante, se abrieron las puertas y á los dos minutos el preso estaba libre.

La comida fué opípara, y el poeta hizo honor á todos los manjares que sirvieron.

Cuando pusieron los postres, quiso saber cómo un pobre poeta de provincia que hacía pocos meses estaba en París, donde acababa de publicar su primera obra sin que el público se agolpase á comprarla en las librerías, había podido merecer que un personaje como el conde viniera á sacarle de Clichy y á consolarle en su desgracia.

— Ignora Vd., repuso el conde, todo lo que debo á usted. A pesar de mi posición social y de mi riqueza, un esplin nunca interrumpido me devoraba hacía años, cuando mi buena estrella ha querido que hayan caído en mis manos sus versos de Vd., que me han vuelto la vida. Hace un mes que los leo á menudo, y agradecido á Vd. que ha hecho con su libro mas que todos los médicos de París, le había destinado á Vd. cinco mil pesetas en mi testamento. Al ver lo que ha sucedido esta mañana, he reflexionado que sería mas provechoso para usted el recibir esta suma inmediatamente, y ahí tiene Vd. la explicación de mi conducta.

Y dicho esto, el conde se levantó y estrechó al poeta con efusión pidiéndole que le considerase como un amigo.

Con tan generoso protector y gracias á su talento incontestable, no hay duda que el poeta hallará fácil la senda de la gloria.

Nuestros lectores comprenderán que hemos debido callar su nombre y el título de su tomo de poesías: la aventura es auténtica.

En esta semana ha muerto en París lord Enrique Seymour-Conway, personaje que se había adquirido en esta capital una gran reputación como hombre original ó excéntrico, para hablar el lenguaje británico.

Su familia, una de las mas nobles del Reino Unido, es una rama segunda de la de los duques de Sommerset, y cuenta una reina entre sus antepasados.

Lord Seymour vino muy joven á Francia con su hermano mayor lord Yarmouth, que fué luego marqués de Hertford, y que durante la Restauración estuvo agregado á la embajada de Inglaterra.

Ambos hermanos se hallaban muy contentos en París y deseaban permanecer en él; fuera tenían siempre el esplin, la nostalgia.

Sin embargo, lord Yarmouth tuvo que alejarse de esta capital; sirvió en el ejército, hizo el viaje de Constantinopla en calidad de secretario de embajada, y por último, cuando se hizo marqués y miembro de la Cámara de los lores á causa del fallecimiento de su padre ocurrido en 1842, se vió obligado á residir con frecuencia en Londres.

Lord Seymour no levantó su residencia, si bien es verdad que su predilección por la Francia no le había hecho perder nada de sus gustos ingleses. Era aficionado á caballos, y tenía vanidad en decir que no había nadie que le igualara en las riñas á puñadas. En 1833 fué uno de los fundadores de la sociedad del Jockey-club.

Como las famosas riñas que tanto le gustaban á lord Seymour no están de moda en Francia, mejor estableció una academia pública en su casa donde se entregaba á su juego favorito con algunos amigos tan aficionados como él á esa diversión, generalizada en un pueblo que llama bárbaras á nuestras corridas de toros.

Todos los ejercicios corporales, todos los juegos de acción, las armas, la lucha, la gimnástica, estaban en los gustos de lord Seymour y le habían dado una fuerza hercúlea. También era apasionado al billar como ninguno. Una noche propuso en el Jockey-club echar algunas mesas á caballo.

Hemos dicho que fué uno de los fundadores de esa sociedad hípica. La había visto en su humilde cuna, la guardilla de la casa de Byron, en uno de los rincones del parque de Tivoli; muy luego contó mas de trescientos miembros, pero de ellos solo nueve tenían caballos de carrera en aquel tiempo; lord Seymour era siempre el que se llevaba la palma de la victoria.

Estos triunfos en las carreras le dieron un principio de popularidad que desgraciadamente fué demasiado lejós.

Porque siempre tenía magníficos caballos y carruajes de lujo: cuantas veces pasaba por el boulevard un coche con un tiro suntuoso, todos decían:

— Ahí va lord Seymour.

Las máscaras acabaron de hacerle la reputación de extravagante que ha debido sufrir toda su vida.

El carnaval parisiense que públicamente no es nada en el día, era, segun dicen, hace años tan tumultuoso como en Roma.

Lord Seymour se presentó una vez en una carretela con seis caballos llena de cintas y de adornos, y desde entonces no salía á la calle una mascarada de lujo con postillones y lacayos empolvados sin que el público dijera:

— Ahí va lord Seymour.

Esa fué la espina de su popularidad. Aunque lord Seymour poseía una buena suma de desden británico para neutralizar los efectos de esa hoga ridícula, se afectó bastante con la reputación que le habían hecho.

Otro habria salido de París; pero él no pudo decidirse á dejar una población que le gustaba tanto.

Por fin tomó á risa su mala fama. Muchas veces el mártir de carnaval cuando gritaban á mas no poder en el boulevard Italiano: «Ahí va lord Seymour con su cuadrilla», se asomaba á uno de los balcones de las habitaciones que ocupaba su madre sobre el Café de París, y miraba á la gente.

La revolución de 1848 le hizo salir de París y se fué á Boulogne. Despues volvió, pero ya no era ni sombra de lo que había sido: su madre falleció el año último, y él vestía luto aun cuando le sorprendió la muerte.

Ese era el verdadero lord Seymour; ahora diremos que había otro falso, y este era el del pueblo, el que se entretenía en las extravagancias que acababan al otro.

M. E. Fournier, de quien tomamos varios de los apuntes que preceden sobre lord Seymour, dice que este otro se llamaba Labattu, y habitaba en una de las mejores casas de la calle Luis-le-Grand. De ahí salía los mártir de carnaval brillantemente acompañado.

En ese día se veían á su puerta tres carretelas con seis caballos cada una, atestadas de máscaras con lujosos atavíos y con escolta de hombres disfrazados á caballo. Música, lluvia de confites de yeso, distribución de caricaturas, etc., nada faltaba durante el paseo y cuantas veces el cortejo se detenía.

Nuestro hombre gastaba unos diez mil francos cada carnaval....; Dinero al agua! El hacia el gasto y lord Seymour se llevaba la gloria, si gloria había en esto.

Lo cierto es que ambos estaban furiosos: el uno porque le nombraban, el otro porque no le nombraban.

Sucedió un carnaval que no saheron por las calles las famosas carretelas de seis caballos, y el pueblo al notar su ausencia conjeturaba en estos términos:

— Lord Seymour se ha marchado á Londres.

— No, estará malo.

— Con el esplin.

— Se habrá levantado la tapa de los sesos.

— ¡Qué hombre tan extravagante!

Todo ello era que Labattu se había ido á Italia. Aficionado al carnaval como ninguno, no podía acostumbrarse á la idea de que tanto dinero como gastaba no le había producido una onza de gloria.

Un año pues hizo sus cofres y se marchó á Florencia, diciendo que los parisienses eran unos ingratos.

En Florencia, añade la crónica, tuvo poco mas ó menos la suerte que en París. Cuando le veían en su magnífico carruaje deslumbrando á todos con su lujo y con sus esplendores, decían: «Será algun lord»; la Inglaterra fué su pesadilla hasta su muerte.

MARIANO URRABIETA.

### Estudios crítico-literarios.

#### ARTICULO II.

En el artículo anterior hemos visto, aunque rápidamente, pues la índole de estos escritos no nos permite mas, por qué serie de causas, políticas unas, religiosas otras, pero todas históricas y reales, los estudios en general, los de humanidades y lenguas sabias, y muy particularmente los de griego, que á este fin especial dirigiáse nuestras observaciones, habían venido cayendo desde los fatales dias del último de los Felipes austriacos, desde los muy aciagos del último heredero de la dinastía de Carlos I, y los por demás turbulentos y borrascosos del quinto Felipe, hasta los pacíficos de Fernando VI y los muy felices de Carlos, el tercero de este nombre.

Nada está solo y aislado en el mundo. Cuando un pueblo, un estado, una nación, un país decaen, todos los elementos, todos los términos que constituyen ese país, que componen esa nación, se descomponen y caen. En los tiempos citados todo y por todas partes era abatimiento, todo decadencia, todo ruina; natural era que la pública educación, los estudios, la instrucción en general, siguiesen el rumbo degenerador y decaente de todo lo demás. Decaía la agricultura, decaía el comercio, decaía la industria, decaía hasta la misma poesía, que tan poco trabajo nos ha costado siempre; claro está que por igual motivo debían decaer las artes y las ciencias, los pensamientos y las ideas. Y hasta aquellos mismos conocimientos que desde muy antiguo habían sido los favoritos del pueblo español, los del latín y humanidades, habían degenerado y decaído también. Y si esto sucedía con el latín, con nuestra tradicional gramática y hasta con nuestras tradicionales platiquillas, necesario complemento á la iniciación del idioma del Lacio, *á fortiori*, ¿qué no había de suceder, en general, téngase esto presente, con el espantable y pavoroso estudio del idioma de Homero?... Así es que ya no eran mas aquellos felices tiempos clásicos españoles del siglo XVI, los mas clásicos de todo este siglo y de la edad moderna, en que el estudio del latín, el perfectísimo y elegante estudio de este idioma, comun á todos, á grandes y chicos, á nobles y plebeyos, á hombres y mujeres, era llevado á un punto tal, á un grado tan alto que raya en cuento, que toca en delirio.

Ya no eran mas aquellos tiempos felices en que la primera Isabel, que no había podido aprender el latín, allá en sus primeros dias, cuando á la sombra de su madre vivía retirada en Arévalo ocupada en su educación ó instrucción cristianas, se dedicaba con afán al estudio de este idioma, convencida de su importancia, tan pronto como la terminación de las guerras con Portugal, que acompañaron á su advenimiento al trono, le dejaron algun mas ocio. Ya no eran mas aquellos mismos dias clásicos del decimosexto siglo en que los hijos é hijas de los reyes eran perfectos latinos, en que á imitación y ejemplo de la corte, la nobleza toda, bajo la inteligente dirección de maestros tan celosos como los eruditos Pedro Mártir, Lucio Marínico Siculo, Antonio de Lebrija (el Nebrissensis de nuestra historia literaria), Arias Barbosa y otros, estudiaba latín, aprendía latín y cultivaba con esmero el idioma del Lacio: tiempos quietos y bonancibles para las letras, y en los que estos mismos altivos nobles castellanos, trocando el marcial escudo por la verde oliva del saber, y á semejanza de lo que en la edad media sucedía en el Mediodía de Francia con los duques y condes feudales, que bajaban desde lo alto de sus almenados castillos á confundirse con los humildes frailes de los conventos para la enseñanza de las letras, como el conde de Anjou, Fouques el Bueno, Gerard, conde de Aurillac, Vugues, conde de Arlés y luego rey de Italia, y el conde de Poitiers y duque de Aquitania, Guillermo V, llamado el Gramático; á semejanza, repetimos, de estos magnates feudales, nuestros castellanos nobles se hacían literatos y bajaban gustosos á confundir en los venerados recintos de nuestras universidades sus antiguos gloriosos blasones con los nuevos timbres que el saber y la enseñanza daban entonces. Que no otra cosa hicieron don Gutierre de Toledo, hijo del duque de Alla y primo del rey, enseñando en la universidad de Salamanca; don Pedro Fernández de Velasco, hijo del conde de Haro, y despues gran condestable de Castilla, explicando á Ovidio y á Plinio en la misma universidad; y don Alfonso Manrique, hijo del conde de Paredes, enseñando griego en la de Alcalá y siendo tan celoso como erudito profesor.

Tampoco al advenimiento al trono del gran Carlos III se reproducía entre nosotros, vistoso y esplendente, el espectáculo que en este culto siglo XVI ofrecía nuestro bello sexo español cultivando con exquisito afán los estudios clásicos, ó pasando él también, y á semejanza

del sexo feo, á regentar cátedras y enseñar en nuestras universidades: que una ú otra cosa hicieron la marquesa de Monteagudo y doña María Pacheco, de la antigua casa de los Mendozas, hermanas del historiador don Diego Hurtado é hijas del cumplido caballero, el conde de Tendilla, nieto del marqués de Santillana y sobrino del gran cardenal; doña Beatriz de Galindo, llamada la *Lubina*, esposa del ingeniero y general de artillería don Francisco Ramirez, y maestro de latín de Isabel la Católica; doña Lucia de Medrano que explicó clásicos latinos en la universidad de Salamanca, y doña Francisca de Lebrija, hija del ilustre literato de este nombre que desempeñó, con general aplauso, según la expresión de un entendido historiador extranjero de estas cosas, la cátedra de retórica en la de Alcalá. Razon por la cual, dice Pablo José, hablando del adelantado prodigioso de los estudios clásicos en nuestra patria y en dicha época, « que no había español que se tuviese por noble si se manifestaba indiferente hacia las letras; » y el holandés Erasmo, « que los estudios clásicos habían llegado en España, en muy pocos años, á tan floreciente estado, que no solo debían excitar la admiración, sino servir de modelo á las mas ilustradas naciones de Europa. »

« O ahora ó nunca es ocasión de exclamar con el refrán ó el poeta « lo que va de ayer á hoy. » Pero sea de esto lo que fuese, y dejando que descansen en paz aquellos felices tiempos, ello es lo cierto, y para nuestro objeto lo esencial, que estos tiempos ya no existían en la época que nos ocupa, y que cuando la universidad de Salamanca, tan dura y refractaria á las reformas, conocía la necesidad de reformar los estudios de gramática que en el propio cuerpo científico dos siglos antes habían elevado á tan grande altura, Vives, el Brocense, Lebrija, Nuñez de Guzman, Marineo Sículo, Pedro Mártir y otros; cuando la de Alcalá, que en el mismo terreno habían ilustrado alguno de los citados y los hermanos Juan y Francisco Vergara y demás afamados maestros de idiomas clásicos, manifestaba en su informe al Consejo, con motivo de la intentada reforma de 1771, lo mal parado que á la sazón este estudio andaba, el pésimo método que en él se seguía, el desafecto á las letras y desaplicación de los estudiantes, etc., etc.: cuando finalmente, este alto cuerpo convulsivo mandaba lo que atrás dejamos indicado, « que la latinidad de las conclusiones fuese correcta y propia, sin anfibologías ni oscuridades misteriosas; » cuando todo esto sucedía, claro está que las cosas no debían ir muy bien, y que estos estudios, como todo, debían hallarse en un estado por demás compasivo y lastimoso.

Y sin embargo, en aquellos, como los actuales y pasados tiempos, no fué tan abandonado el estudio del latín y humanidades, ni tampoco el del griego, y esto es lo que, concretando nuestro pensamiento, vamos particularmente á manifestar.

Nada diremos, porque de modo alguno se necesita, nada diremos del próspero estado de este clásico estudio en la época á que nos hemos referido varias veces en este artículo del siglo XVI. Todos los ilustres literatos que comprendidos en esta clásica centuria hemos citado, y otros con los que, aunque brevemente, tendremos ocasión de alargar la lista; todos ellos, cuál mas, cuál menos, pero al fin, todos, que las costumbres eruditas de la época así lo requerían, si no tan consumados helenistas como buenos latinos, que esto no procedía, eran perfectamente conocedores de las muchas bellezas oriundas de las floridas márgenes del Ilió y del Eurotas, del Alfeo y del Peneo. Pues en aquella época los dictados de docto, literato, erudito, etc., etc., tan en usanza en aquella bien puesta galantería clásica y extensivos á hombres y mujeres, aplicados á la literatura y especial conocimiento de las humanidades, envuelven en sí como es natural, y como ahora mismo acontece, la significación de regulares siquiera, conocedores, del idioma de Atenas.

Cuando el ilustrado Valenciano Luis Vives en su tratado de *Christiana femina*, dice hablando de las cuatro hijas de la reina Isabel, *atas nostra quatuor illas Isabelle regina filias, quas paulo ante memoravi, eruditas vidi*; cuando el gran Erasmo de Rotterdam, al hablar de la hija menor de estos soberanos, Catalina de Aragon, la llama *egregie doctam, litterata, nec minus suscipienda pietate quam eruditione*; claro está que estos dictados, que no tienen nada de exagerados, de ampulosos ni retumbantes, pues los hombres del siglo XVI no adolecen de este achaque, claro está, repetimos, que tales dictados serían verdaderamente ridiculos, altamente extemporáneos, si solo se aplicasen al conocimiento del latín, si solo llevasen consigo la estéril significación de inteligentes en el idioma y cosas del antiguo Lacio.

Ambos ilustres literatos y los escritores y autores contemporáneos, y los posteriores Pedro Mártir, Marineo Sículo, Lebrija, el Brocense, Oviedo, Tiraboschi, Lampillas, Mayans, Siscar y Nicolás Antonio, dan á estos dictados la extensa cuanto verdadera significación literaria que realmente tienen, que á punto fijo llevan consigo.

Prueba es esto de que, en la época que á grandes rasgos estamos historiando, el estudio del latín corría parejas con el del griego en nuestras prácticas aulas, y el conocimiento perfecto del habla y arte griego simultáneo, á no dudarlo, era con el conocimiento perfecto de la lengua y artes romanos. Hoy día, sin una grave aberración del espíritu, difícilmente se concebiría á un buen literato sin estar lo suficientemente apercibido de tan importante cuanto clásica lengua. Y lo que hoy no sucede, ni aun en nuestra patria, en que este linaje de estudios ha sido siempre mirado con cierto desvío, efec-

to de las supuestas dificultades que á su penetración acompañan, menos es de inferir podría suceder en una época en que la afición á todo lo antiguo era de moda.

(Se concluirá.)

### El campo militar de Saint-Maur.

Toda la población ha visitado el campo de Saint-Maur donde se reunían á su llegada las tropas de Italia para hacer su entrada en Paris el 14 de agosto. Ha habido día en que han acudido al campamento mas de 100,000 personas, y á decir verdad el espectáculo era digno de admirarse.

El campo de Saint-Maur (véase nuestra lámina en la página siguiente), tiene su frente de bandera trazado paralelamente á los glasis del fuerte de Vincennes, ocupa el inmenso espacio comprendido entre ese fuerte y el de la Gravelle, y se extiende en anchura desde la extremidad del polígono hasta cerca de Saint-Maur. En toda su profundidad tiene calles de veinte metros de anchura, y otras mas espaciosas aun le cruzan en sentido opuesto; así es que se penetra en él muy fácilmente.

En cuanto á la instalación de la tropa se observa este orden: la guardia imperial ocupa las primeras líneas, y luego siguen los diferentes cuerpos escalonados por orden numérico. El campamento de un batallón con estado mayor de regimiento comprende un rectángulo de 150 metros de largo por 80 de profundidad, ó sean 1,200 metros superficiales. Los ingenieros habían tomado de antemano las disposiciones convenientes para suministrar el agua necesaria á tantos hombres.

Nada mas interesante que el aspecto de ese campo con sus numerosas tiendas que relucen al sol, animado por intervalos iguales con los sonidos de las trompetas y los tambores que indican las diferentes ocupaciones del día, y que recorre en todos sentidos una muchedumbre deseosa de iniciarse en todos los pormenores de la vida militar.

La rapidez con que las tropas proceden á su instalación es maravillosa. Menos las tiendas de los oficiales que están levantadas de antemano, todo hay que hacerlo cuando llega un batallón al lugar de su campamento señalado con un poste. Pocos minutos bastan para la operación. En un instante se forman los pabellones, y detrás se instalan las tiendas-abrigos, cuyos materiales lleva cada hombre en su mochila. Tres palos sostienen lo alto de una tienda, y seis estacas pequeñas fijan sus extremidades en el suelo. Bajo este abrigo sumamente sencillo donde se pone una cama de paja con algunas mantas, se cobijan seis hombres.

Después de las tiendas de los soldados muy limpias todas, vienen las cocinas, cuya organización no es por cierto complicada. Algunas piedras formando un hornillo y un poco de leña, es lo bastante para que cueza la marmita. Dos veces por día á las seis de la mañana antes del rancho, y á las cuatro y media después de la comida, las tropas reciben una ración de café. Entre las cocinas y las tiendas de oficiales que limitan el campamento por detrás, están los caballos de estos sujetos á las estacas, las cantineras y la música.

Las banderas de los regimientos plantadas delante de las tiendas de sus respectivos coroneles, algunas de ellas rodeadas de verdura y de flores, excitan en alto grado el interés de la muchedumbre, que contempla con una emoción mezclada de respeto esas gloriosas insignias destrozadas por las balas y la metralla.

Por todas partes se establecen conversaciones entre los visitantes y los soldados; interrogan á estos sobre las batallas en que han tomado parte y que ellos describen con abundancia de pormenores. Se miran con un legítimo sentimiento de orgullo nacional los uniformes de los soldados usados en las batallas con los colores conidos por el sol de Italia. Aquí uno se encuentra con un pariente ó un amigo que lleva á la cantina para brindar con él á su feliz regreso; allí un herido convaleciente marcha apoyado en el brazo de un compañero, y todos se apresuran á festejarle.

En otros sitios pasan escenas de otro orden, que no desdeñaría el lápiz de un Charlet. Un soldado sentado en un banquillo y cubierta la megilla con una espesa capa de jabón, espera con paciencia los oficios del Figaro de la compañía que está afeitando un poco su navaja; á su lado y de rodillas en su tienda, un compañero mas económico y mas diestro se afeita solo mirándose á un espejillo. Mas lejos un soldado echa un remiendo á su capote para tapan el agujero que hizo en él una bala enemiga. Después pasará revista á los botones de sus polainas, de los cuales habrá muchos que faltarán á la lista. Otros traen una carta que irá á parar al buzón establecido delante de la tienda del coronel; mientras hay algunos que fuman su pipa tendidos sobre la yerba, ó se recrean con el canto de los pajarillos que han traído de Italia y cuyas jaulas tienen colgadas en sus tiendas. No son los volátiles de todas clases los únicos animales que animan las tiendas del campamento, sino que se hallan perros, gatos y conejos que hacen el ejercicio á las mil maravillas.

El soldado francés es aficionado á llevar animales á la guerra; sobre esto vamos á hacer una digresión contando aquí la historia de un hermoso perro de Terranova que fué hallado por un artista español en uno de los campos de Magenta después de la batalla. La correspondencia en que leemos esta historia dice así:

« Voy á hablaros de un perro, de un hermoso animal de Terranova que hoy recorre los campos de Lombardia, y que dentro de poco admirareis en las calles de Madrid, porque pertenece hoy á un artista español, joven y entusiasta, que concluida su expedición, vendrá muy pronto á presentaros el fruto de sus apreciables estudios.

Yo no sé cómo se llamaba el perro de que os hablo el día de la batalla. Si supiese su nombre primitivo, probablemente ni le sabría escribir ni pronunciar, ni vosotros le entenderíais, porque el perro perteneció á un alemán, y un oficial austriaco. Hé aquí la parte que conozco de su historia.

Al siguiente día de la batalla recorría el campo del combate el joven pintor, hijo de Gerona, don Alfonso Gelabert.

Habia presenciado las batallas de Palestro y Montebello, y asistido también á la de Magenta, y á pie con su mochila al hombro, con su album y sus lápices, había dibujado aquellas escenas del combate que mas habían impresionado su imaginación. En Magenta había tomado la vista del ataque del Cementerio, y deseando corregir su trabajo, lo perfeccionaba sobre el terreno entre los muertos aun no enterrados, entre los heridos aun no recogidos y confundidos todavía con los que habían dejado de existir. Apenas se había cubierto con una poca tierra aquella inmensa fosa que á dos ó tres varas de la estación del ferro carril de Milan, contiene mas de mil cadáveres, y allí, junto á un olivo destrozado por la metralla, se hallaba echado un hermoso perro de Terranova que de cuando en cuando lanzaba al aire lastimeros aullidos. No necesitaba mucha perspicacia para conocer que el perro lloraba á su dueño muerto en la batalla y sepultado allí; y claro es que el dolor, que la lealtad del animal, debían interesar al que como Gelabert poseía un corazón noble y generoso! ¿A quién había pertenecido aquel hermoso bruto? En vano se acercó á él mi querido amigo y le prodigó sus caricias y le presentó pan y trató de atraérselo. El animal era á todo indiferente: alguna vez se mostró hostil á los halagos, no consintiendo en separarse del lugar en que se hallaba.

Tres días consecutivos volvió Gelabert al sitio referido. El perro ocupaba la misma posición, que por nada consentía abandonar. Solo al caer la tarde se dirigía á la población vecina, satisfacía en un hotel su hambre, y volaba de nuevo al pie del olivo, triste y acongojado.

Gelabert quiso á toda costa poseer aquel perro tan leal y tan bravo. El fondista á cuyo establecimiento venía á satisfacer su hambre, le enteró que había pertenecido á un capitán austriaco alojado en su casa antes del combate, y de acuerdo con él, y mediante 100 francos que le pagó, decidió apoderarse de él. Efectivamente, cuando á la noche el perro acudió á comer á la fonda, fué atado y conducido al día siguiente al ferro carril de Milan. Gelabert lo bautizó inmediatamente, y desde aquel momento el fiel, el hermoso animal se llamó *Magenta*. En la capital de la Lombardia excitaba la atención universal, y divulgada la historia, fué objeto de las caricias hasta de parte de las damas mas hermosas.

Y ciertamente las merecía aquel bravo animal, ejemplo de cariño y lealtad á su dueño. Cuando veía un fusil, cuando sentía cerrar violentamente una puerta, es imposible describir el aspecto que ofrecía su rostro, ni la violenta conmoción que se observaba en todo su cuerpo. ¿Era miedo? No puedo creerlo. El animal que presencia la batalla y que no huye á los primeros tiros, no podía ser cobarde; lo que yo he creído siempre es que el fusil ó el ruido le recordaban aquella horrible escena y la terrible muerte de su desgraciado amo. De cualquier manera que sea, es indudable que la impresión de aquel día será muy duradera en la memoria del pobre animal, que conducido con un cordón durante muchos días por Gelabert, hoy le sigue cariñoso á todas partes, y es el inseparable compañero en su artística expedición.

Cuando un grupo de cuatro ó seis personas recorría las hermosas calles de Milan y visitaba sus importantes monumentos, si á su lado caminaba un hermoso perro de Terranova, de abundantes lanas blancas con manchas acaneladas, de arrogante cabeza é inteligente mirada, los milaneses sabían que las personas que constituían el grupo eran españoles, y el perro aquel el noble, el leal huérfano de la memorable batalla de Magenta.

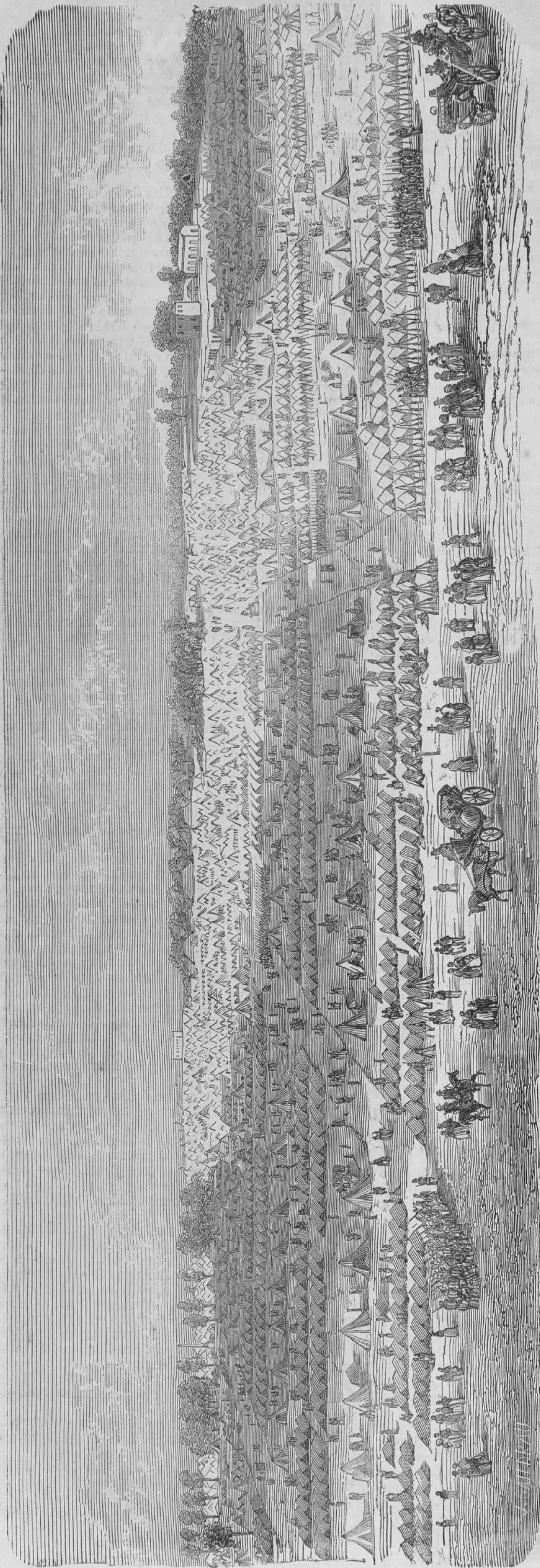
Volvamos ahora al campamento. Los visitantes no perdonan la inspección del campamento de los tiradores indígenas ó *lurcos*. Desde la llegada á Vincennes de esos hijos del suelo africano, admira todo el mundo su desenvoltura, su aire marcial, su fisonomía tan expresiva donde se encuentran los diferentes tipos de la población árabe. Ningun detalle de su traje pintoresco escapa á la atención de la muchedumbre. Sobre todo se nota su destreza particular para arrollar la larga pieza de tela blanca que les sirve de turbante, operación en que los zuavos se muestran ya muy expertos. En el campo lo mismo que en Paris cuando se pasean son obsequiados por los habitantes.

Por último, en el lugar llamado Maisons-Alfort se ha reunido el campo de la caballería y de la artillería, que no es menos visitado por los parisienses.

En este campamento se admiran ante toda cosa los cañones rayados de tanto alcance que han desempeñado un papel tan decisivo en la guerra de Italia.

Las tropas de todas armas reunidas en el campo militar ascienden á 65,000 hombres.

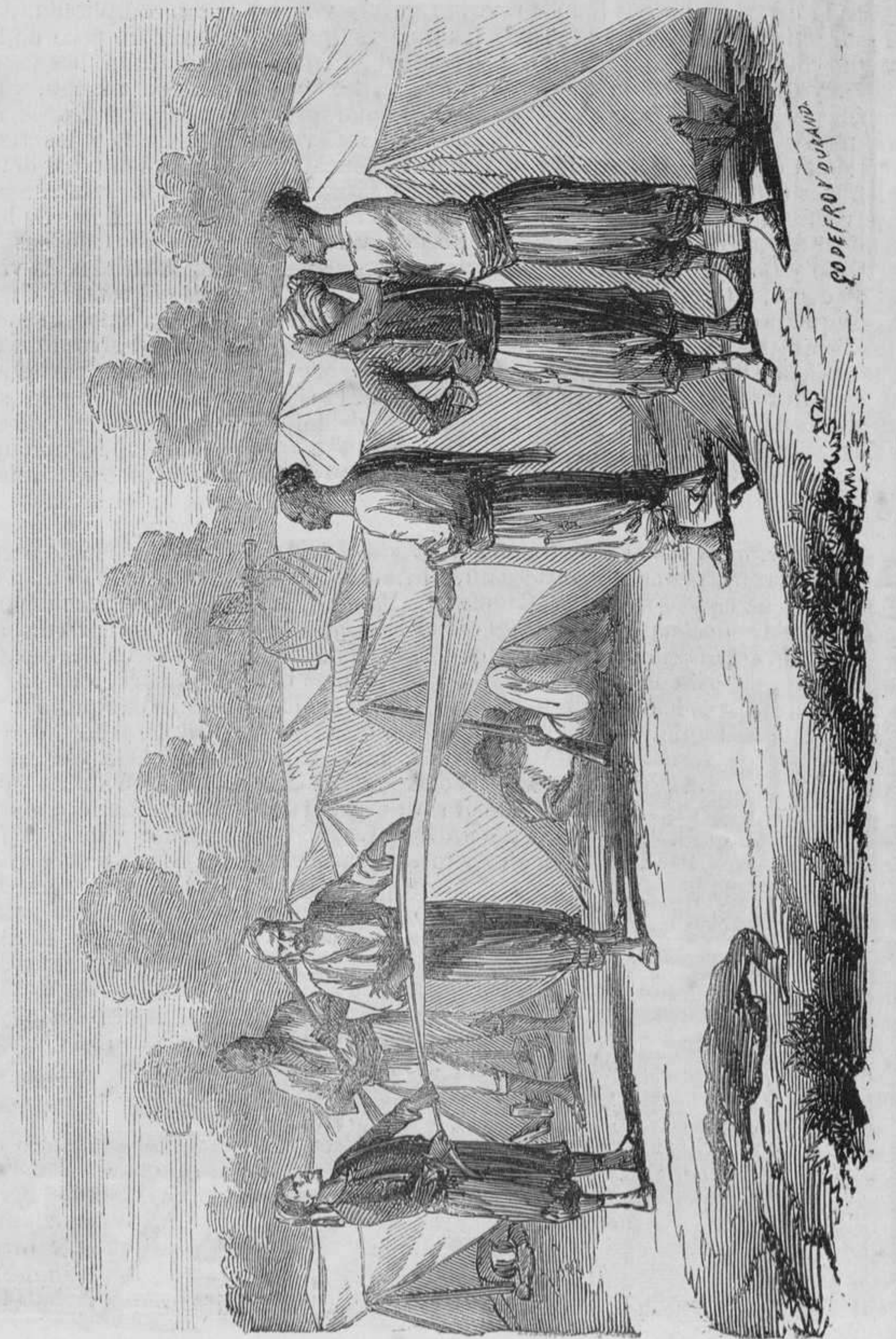
C. F.



EL CAMPO MILITAR DE SAINT-MAUR EN LAS INMEDIACIONES DE PARIS.



TURCOS PASEANDO POR LAS CALLES DE PARIS.



TURCOS ARROLLANDO UN TURBANTE.

RODOLFO D'AMICO

RODOLFO D'AMICO

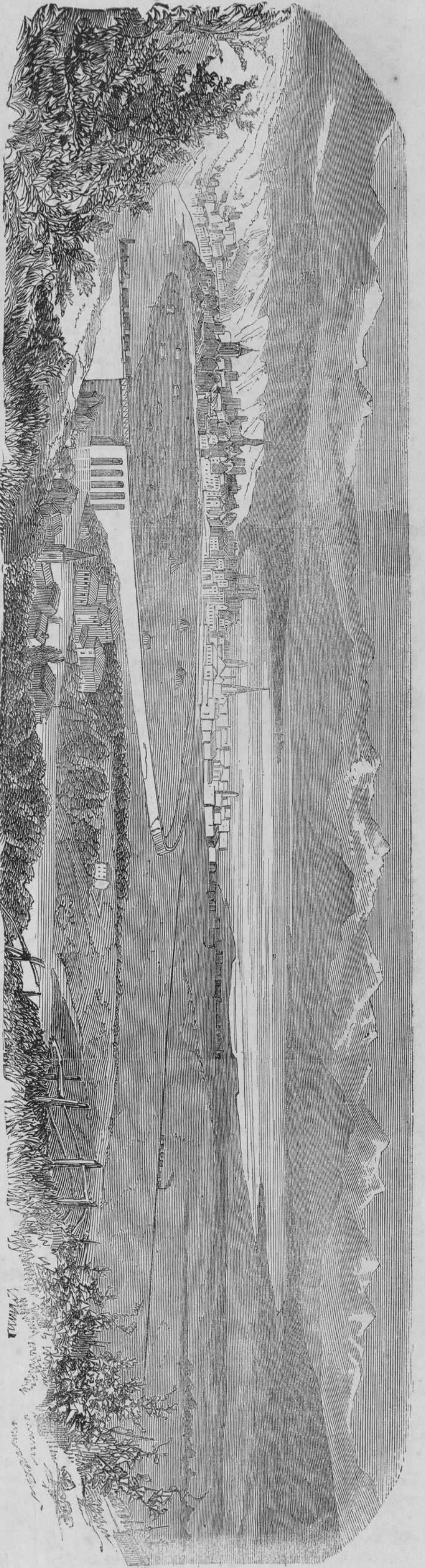
RODOLFO D'AMICO

RODOLFO D'AMICO

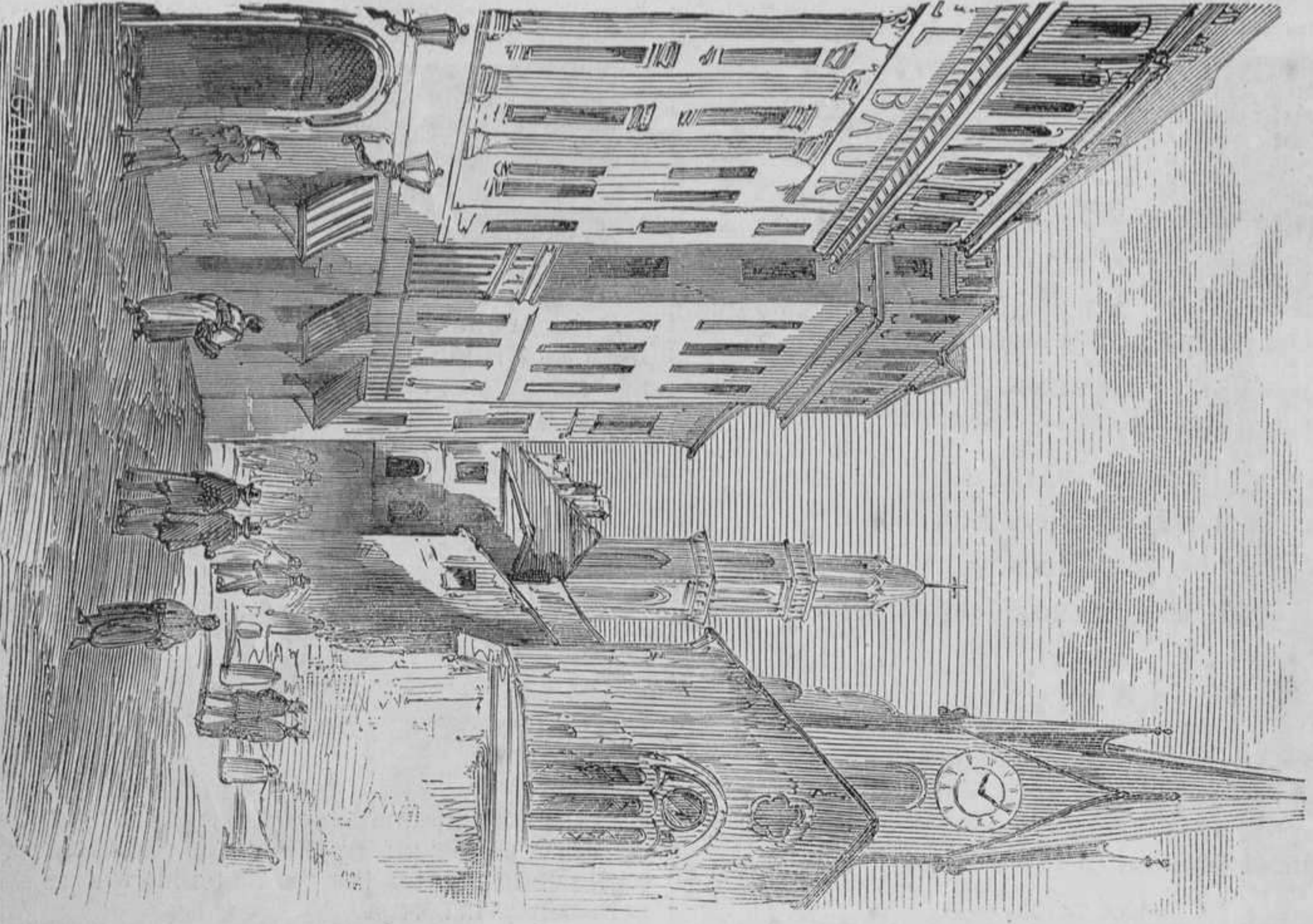
RODOLFO D'AMICO

RODOLFO D'AMICO

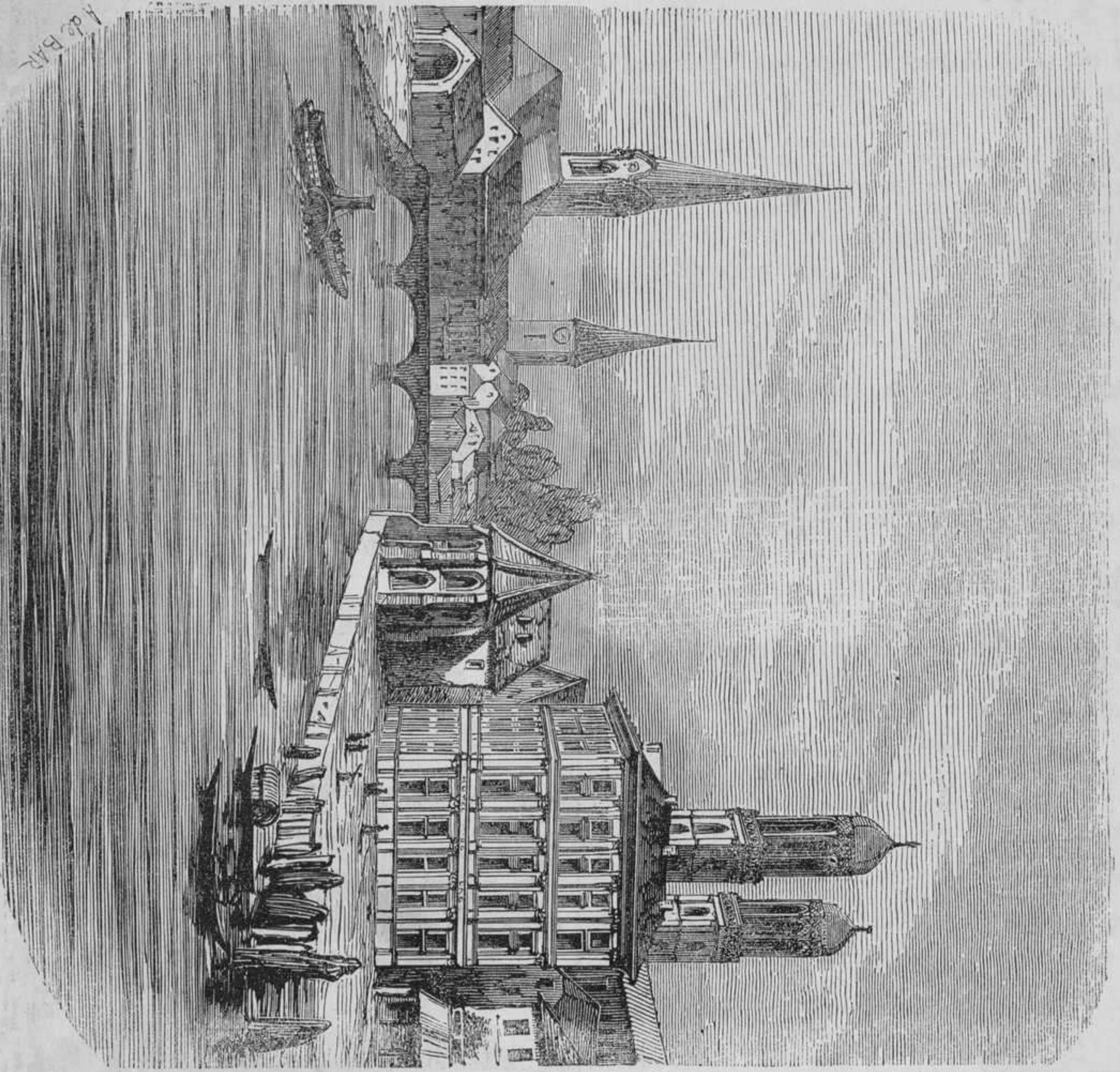




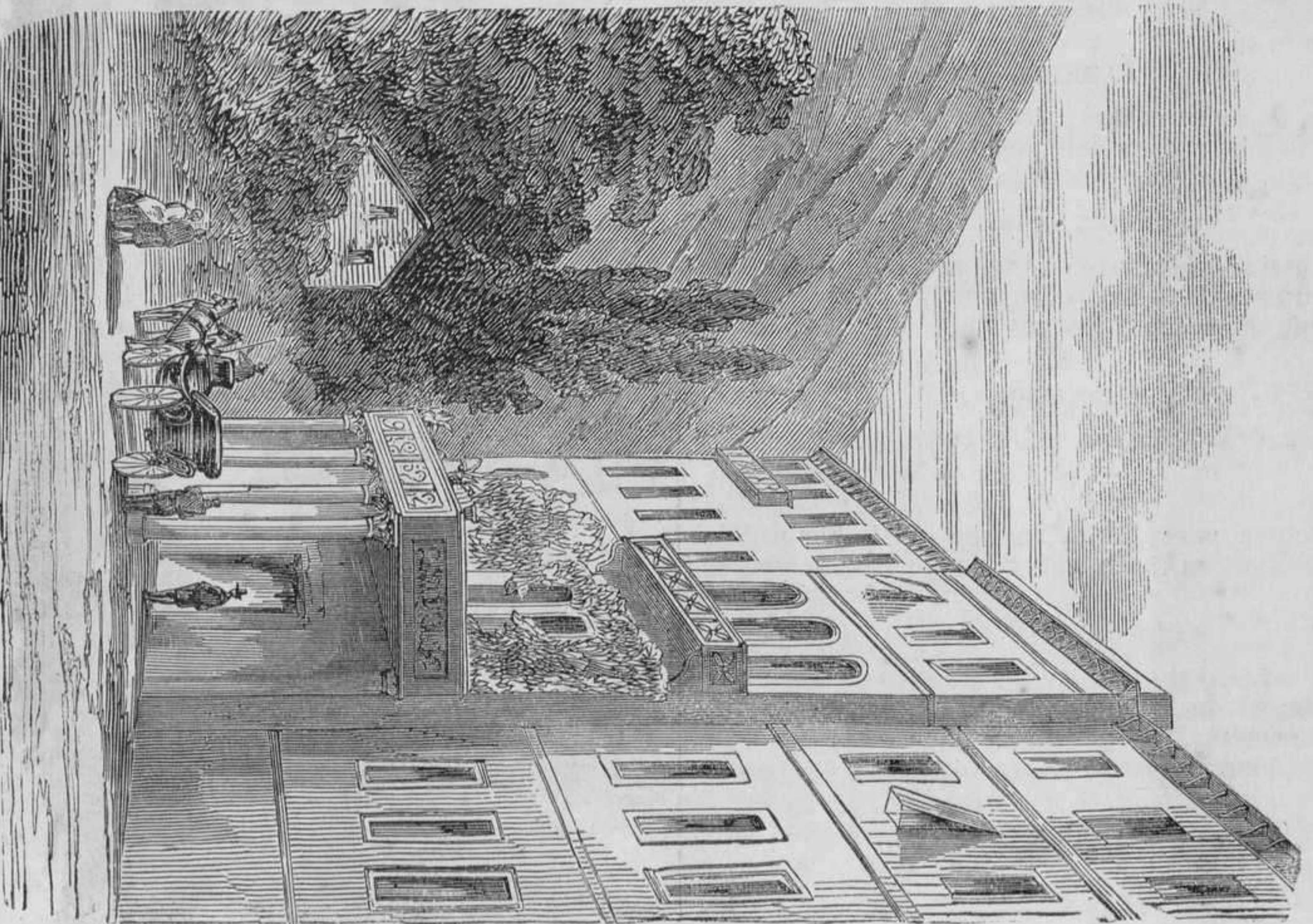
VISTA GENERAL DE ZURICH, PUNTO DE REUNION DE LAS CONFERENCIAS PARA LA CONCLUSION DEL TRATADO DE PAZ DE VILLAFRANCA.



HOTEL BAUR en Zurich, habitacion del ministro plenipotenciario de Cerdeña.



PUENTE DE PIEDRA DE ZURICH.



VILLA BAUR en Zurich, habitacion de los ministros plenipotenciarios de Francia y de Austria.

## Las conferencias de Zurich.

El autor de los dibujos que reproducimos en la página anterior escribe estas líneas con fecha 9 de agosto:

« Envío todo lo que he podido hacer hasta aquí. Me ha sido imposible hasta ahora penetrar en la sala de las conferencias, y ni siquiera me he podido acercar á los diplomáticos, que se envuelven en el misterio mas profundo.

» Ninguna emocion anuncia exteriormente que los habitantes de Zurich participan del interés y la curiosidad que concentran en este instante la atención de la Europa en las conferencias diplomáticas. Voy á continuar tomando informes; pero mientras duren las sesiones, no debo esperar que me permitan ni ver siquiera el tapete sobre el cual se discuten los intereses de la Italia. La diplomacia es meticulosa y toma sus precauciones contra las mesas habladoras.

» Es una coincidencia singular que la casa de Austria haya sido llamada á Zurich, cuna del poderío de los Habsburgos y junto á las ruinas del castillo de esa familia, para que abandone una parte de su territorio italiano.

» En cuanto á las dos vistas de Zurich, las creo de algun interés en este momento; como aspecto pintoresco, valen mas sin duda que una reunion de diplomáticos. Habria querido poner en el paisaje á uno de esos señores reunidos aquí; pero ya he dicho que se les ve muy poco: siempre están trabajando en la oscuridad y en el silencio. — J. B. »

## PARA EL AMOR Y MUERTE NO HAY COSA FUERTE

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Conclusion.)

ROSITA.

No lo sé, pero os amaré como pueda.

MARCELINO.

Sí, de ese modo amarás mejor que las que aprenden la cartilla del amor en los colegios, segun la voluntad y los pensamientos de sus maestros; tú, todo lo ignoras, Rosita; tú no leerás en un libro la oracion que te enseña tu madre, como ella la aprendió de la suya; tú ni aun siquiera comprendes el sentido de las palabras que repites cuando te arrodillas al pié de tu lecho; pero comprendes que rezas, y Dios nada mas pide.

ROSITA.

¡Dios mio! ¡Cómo me hablais!

MARCELINO.

No sabes leer, pero sabes lo que dicen esos bosques y esas praderas, esos rios, esos hermosos campos. Toda esa naturaleza que rebosa vida y juventud. Reconoces esos millares de hermanos, y yo soy uno de ellos; levántate, serás mi esposa. (*Vase con Rosita.*)

## ESCENA IV.

ESTANISLAO, despues ANASTASIA.

ESTANISLAO.

Pasan cosas muy graves; Camila no quiere casarse con Marcelino y se vuelve hoy al convento; pero creo que su primo se ha consolado con Rosita. ¡Ay! no sabe la infeliz el peligro que corre.

ANASTASIA.

Pronto, pronto, mi borrico.

ESTANISLAO.

¿Pasareis como un sueño ligero, venerable dama?

ANASTASIA.

No quiero morir aquí.

ESTANISLAO.

Lo celebro; id á morir á otra parte; nosotros haremos votos por vuestra respetable resurreccion.

ANASTASIA.

¡Mi señorita! (*A Camila que sale.*) Querida Camila, todo está dispuesto para nuestro viaje. El baron ha dado cuentas y me espera mi borrico.

CAMILA.

Idos al diablo, no me marcho ya hoy. (*Vase.*)

ESTANISLAO.

¿Qué quiere decir esto? ¡Anastasia pálida de furor y con los dedos crispados!...

ANASTASIA.

¡Dios mio! Camila ha jurado.

## ESCENA V.

EL BARON Y EL ABATE.

EL ABATE.

Señor, tengo que hablaros en secreto; vuestro hijo hace la corte á una aldeana.

EL BARON.

No puede ser, amigo mio.

EL ABATE.

Le he visto del brazo con ella prometiéndola matrimonio.

EL BARON.

Es monstruoso lo que decís.

EL ABATE.

Y la pura verdad; la ha hecho un gran regalo que la muchacha ha enseñado á su madre.

EL BARON.

¡Cielos! ¿Un gran regalo?

EL ABATE.

Sí, señor, la ha regalado su cadena de oro.

EL BARON.

Pasemos á mi gabinete, no sé qué quiere decir todo esto.

## ESCENA VI.

CAMILA Y ANASTASIA.

CAMILA.

¿Con que él tomó mi carta?

ANASTASIA.

Sí, hija mia; se encargó de echarla al correo.

CAMILA.

Me hareis el favor de decir á Marcelino que le espero aquí. (*Vase Anastasia*)

CAMILA.

Seguramente ha leído mi carta, y su conferencia en el bosque es una venganza así como su amor á Rosita. Ha querido hacerse el indiferente conmigo á pesar de su despecho. ¿Estará enamorado de mí? (*Levanta el cortinaje.*) ¡Rosita!

ROSITA, saliendo.

¿Qué queréis?

CAMILA.

Dime, hija mia, ¿te hace la corte Marcelino?

ROSITA.

Sí.

CAMILA.

¿Qué piensas de lo que te ha dicho esta mañana?

ROSITA.

¿Adónde?

CAMILA.

Nada de hipocresía; en la fuente del bosquecillo.

ROSITA.

¿Me visteis?

CAMILA.

¡Pobre inocente! No te he visto. Bonitas palabras ¿no es verdad? Apostaré á que te prometió casarse contigo.

ROSITA.

¿Cómo lo sabéis?

CAMILA.

Eso poco importa; ¿eres en sus promesas, Rosita?

ROSITA.

¿Porqué no? ¿Porqué ha de engañarme?

CAMILA.

No se casará contigo, hija mia.

ROSITA.

¡Ay! no lo sé.

CAMILA.

Le amas y no se casará contigo, y si quieres una prueba te la daré; escóndete detrás de esa cortina y aplica el oido, y sal cuando yo te llame. (*Vase Rosita.*)

CAMILA, sola.

Yo que creía cometer una venganza, haré quizá una obra de humanidad. La pobre muchacha le ama de veras. (*Sale Marcelino*) Buenos días, Marcelino, señtaos.

MARCELINO.

¿Qué elegancia! ¿Contra quién conspirais?

CAMILA.

Acaso contra vos; siento mucho no haber podido acudir á la cita que me habeis dado; ¿teniais algo que decirme?

MARCELINO, aparte.

Para un cordero sin mancha la mentira es gorda; la he visto detrás de un árbol escuchando la conversacion (*Alto.*) Quería decirnos adios y nada mas; me figuraba que os marchabais, pero ese vestido no me parece de viaje.

CAMILA.

Me gustan las discusiones; pudiera ser que quisiera disputar con vos otro poquito.

MARCELINO.

¿A qué disputar cuando la reconciliacion es imposible? El placer de las disputas es hacer la paz.

CAMILA.

¿Y estais bien convencido de que yo no quiera hacerla?

MARCELINO.

No os burleis, no tengo fuerzas para contestaros.

CAMILA.

Quisiera que me hicieran la corte; no sé si es que llevo un vestido nuevo, pero tengo deseos de divertirme. Me habeis propuesto un paseo por la aldea, vamos pues; tomaremos una barquilla y luego comeremos entre los árboles. ¿Habrá luna esta noche? ¿Qué ve! No llevais la sortija que os he dado.

MARCELINO.

La he perdido.

CAMILA.

Por eso la he encontrado yo; aquí la teneis, ponéosla.

MARCELINO.

¿Qué casualidad! ¿Dónde la habeis hallado?

CAMILA.

¿Mirais si mis manos están mojadas? A fe mia, he echado á perder mi traje del convento para sacar ese anillo de la fuente. Por eso he tenido que mudarme... pero poneos la sortija.

MARCELINO.

¿La has sacado del agua á riesgo de caerte? ¿Es un sueño?... ¡Y tú me la pones, Camila! ¡Ah! ¿Porqué me devuelves esa triste prenda de una felicidad que ya no existe? Habla, jóven imprudente y coqueta, ¿porqué te vuelves al convento? ¿Porqué te quedas? ¿Porqué de un momento á otro cambias de color como la piedra de esa sortija con los rayos del sol?

CAMILA.

¿Conoceis el corazon de las mujeres, Marcelino? ¿Estais seguro de su inconstancia, y sabeis si en realidad cambian de pensamiento cuando cambian de lenguaje? Hay quien dice que no. Sin duda alguna tenemos que fingir á veces, ya veis que soy franca; ¿pero estais seguro de que todo miente en una mujer cuando miente su lengua? ¿Habeis reflexionado bien en la naturaleza de la mujer, ser débil y violento, en el rigor con que la juzgan, en los principios que la imponen? ¿Quién sabe si obligada á engañar no miente con frecuencia por pasatiempo, por locura, como miente por necesidad?

MARCELINO.

No entiendo nada de lo que dices, yo no miento nunca. Te amo, Camila, y es todo lo que sé.

CAMILA.

¿Decís que me amais y no mentis nunca?

MARCELINO.

Nunca.

CAMILA.

Pues una persona hay aquí que afirma lo contrario. (*Levanta el cortinaje; Rosita aparece en el fondo desmayada en una silla.*) ¿Qué responderéis á esa criatura, Marcelino, cuando os pida cuenta de vuestras palabras? Si no mentis nunca, ¿cómo se ha desmayado al oiros decir que me amais? Os dejo con ella; tratad de que vuelva en sí. (*Quiere marcharse.*)

MARCELINO.

Un instante, Camila, oidme.

CAMILA.

¿Qué me queréis? Debeis hablar á Rosita. Yo no os amo; yo no he ido á sacar á esa infeliz del fondo de su choza para hacer de ella un juguete; yo no he repetido imprudentemente delante de ella palabras amorosas dirigidas á otra; yo no he fingido arrojar al viento por ella el recuerdo de una amistad querida, no la he puesto mi cadena al cuello, ni la he dicho que me casaría con ella.

MARCELINO.

Oidme, oidme.

CAMILA.

¿No te has sonreído hace un instante cuando te dije que no habia podido ir á la fuente? Pues bien, estaba allí y lo he oido todo; pero Dios me es testigo que no habria yo querido hablar como tú. ¿Qué harás ahora con esa infeliz cuando se presente á recordarte tus juramentos, á enseñarte la herida que la has hecho? ¿Has querido vengarte de mí y castigarme por una carta escrita á mi convento; has querido lanzarme á toda costa una flecha envenenada que pudiera alcanzarme aunque antes atravesara á esa criatura?... Me lioujeaba de haberte inspirado algun amor y pensaba que te dejaria algun sentimiento, pero eso te ha herido en tu noble orgullo.... Pues bien, te hablaré claro: me amas, lo sé; pero te casarás con Rosita ó eres un miserable.

MARCELINO.

Sí, me casaré con ella.

CAMILA.

Y harás muy bien.

MARCELINO.

Mucho mejor que casándome contigo. Camila, ¿qué es lo que tanto te enardece? Rosita volverá en sí de su desmayo, eso no es nada. Has querido probarme que yo había mentado una vez en mi vida; puede ser; pero no creas que sabes cuándo ha sido. Ayúdame a socorrer á Rosita. (*Vase segundo de Camila.*)

ESCENA VII.

EL BARON Y CAMILA.

EL BARON.

No me faltaba otra cosa para perder el juicio.

CAMILA.

Emplead vuestra autoridad.

EL BARON.

No; negaré mi consentimiento.

CAMILA.

Debeis hablarle y que oiga la razón.

EL BARON.

Todo el carnaval estaré desesperado y no podré presentarme en la corte. Es un matrimonio absurdo.

CAMILA.

Llamadlo y decidle claramente que ese casamiento os desagrade. Creedme, es una locura y no resistirá.

EL BARON.

Todo este invierno lo pasaré vestido de luto.

CAMILA.

Pero habladle en nombre del cielo; es una calaverada, y si ya se ha comprometido pasará adelante.

EL BARON.

Me voy á encerrar para abandonarme á mi dolor; si pregunta por mí, decidle que estoy encerrado y entregado á mi dolor porque se casa con una cualquiera. (*Vase.*)

CAMILA.

¿No hallaré un hombre de corazon en esta casa? (*Sale Marcelino.*) ¡Ah! ¡Sois vos!... ¿Cuándo es la boda?

MARCELINO.

Lo mas pronto posible. Ya lo saben el escribano, el cura y todos los aldeanos.

CAMILA.

¿Pero de veras os casais con Rosita?

MARCELINO.

Seguramente.

CAMILA.

¿Y qué dirá vuestro padre?

MARCELINO.

Diga lo que quiera; me caso con Rosita porque tal es mi gusto. Que no me hablen de su nacimiento y del mío, esos son lugares comunes. Es jóven y bonita y me ama, seré dichoso. Se burlarán, pondrán el grito en el cielo, nada me arredra.

CAMILA.

No hay motivo para que se burlen; haceis muy bien en casaros con ella. Pero una cosa siento por vos, y es que dirán que os habeis casado por despecho.

MARCELINO.

No lo sintais.

CAMILA.

Sí, lo siento mucho por vos; no está bien en un jóven el no poder resistir á un momento de despecho.

MARCELINO.

Corriente, como gustéis.

CAMILA.

Pero es imposible... ¡Una aldeana!

MARCELINO.

Cuando sea mi esposa nadie tendrá nada que decir.

CAMILA.

Os cansareis de ella antes de que el escribano se haya puesto su traje de ceremonia para venir aquí; sereis desgraciado desde el momento de la Loda.

MARCELINO.

Ya vereis como no. No me conoceis; cuando una mujer es sensible, buena y hermosa, soy muy capaz de contentarme con ella, aunque no hable latin.

CAMILA.

Lástima es que hayan gastado tanto dinero para enseñaroslo; tres mil escudos tirados á la calle.

MARCELINO.

Sí, mas habria valido que se los dieran á los pobres.

CAMILA.

Basta de chanzas, Marcelino.

MARCELINO.

Efectivamente basta ya; os dejo, mi querida prima.

CAMILA.

¿Vais casa de vuestra futura?

MARCELINO.

Sí.

CAMILA.

Dadme el brazo, yo voy tambien. (*Sale Rosita.*)

MARCELINO.

Llévame á tiempo, amor mio; quiero presentarte á mi padre.

ROSITA, poniéndose de rodillas.

Tengo que pedir os una gracia. Todas las personas de la aldea á quienes he hablado de mi matrimonio, me han dicho que amais á vuestra prima, y que solo me habeis hecho la corte por divertiros; se burlan de mí cuando paso, y ya no podré hallar un marido en el pueblo despues de haber servido de risa á todo el mundo. Permitidme que os devuelva el collar que me habeis dado, y que me vuelva á vivir en paz con mi madre.

CAMILA.

Eres una buena muchacha, Rosita; conserva ese collar, es un regalo que yo te hago, Marcelino tomará el mío en su lugar. En cuanto al esposo, yo te le buscaré.

MARCELINO.

No es difícil hallarle; vamos, Rosita, quiero que mi padre te vea.

CAMILA.

¿Por qué razon? Es inútil.

MARCELINO.

Efectivamente, mi padre nos recibiría mal; hay que dejar pasar el primer momento de sorpresa que ha experimentado. Venite conmigo á la plaza; me gusta que digan que no te amo cuando me caso contigo. (*Vase con Rosita.*)

CAMILA.

¿Qué me pasa, Dios mio? Se la lleva con tanta serenidad... mi cabeza se extravía... ¿Será verdad que se casa con ella?... ¡Eh! ¡A estasia! ¡Anastasia!... ¿no hay nadie aquí? (*Sale un criado.*) Corre á decir á Marcelino que vuelva aquí al momento, que tengo que hablarle. (*Vase el criado.*) ¿Qué significa todo esto?... ¡tiemblo, no puedo sostenerme!... (*Sale Marcelino.*)

MARCELINO.

¿Me habeis llamado, Camila?

CAMILA.

No... no...

MARCELINO.

¿Qué pálida estais! ¿qué teneis que decirme?... ¿Me habeis llamado para hablarme?

CAMILA.

No, no... ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Un oratorio.

CAMILA, al pié del altar.

¿Me habeis abandonado, Dios mio? Habia jurado seros fiel, y ahora no sé lo que siento... ¡ay de mí! No tengo fuerzas para orar; ¿habré mentido? (*Sale Marcelino.*)

MARCELINO.

Orgullo, el mas fatal de los consejeros humanos; ¿por qué te has interpuesto entre nosotros dos? Pálida y espantada estrecha contra el mármol insensible su corazon y su rostro... Habria podido amarme... habiamos nacido el uno para el otro... orgullo, ¿qué has venido á hacer en nuestros labios, cuando nuestras manos iban á juntarse?

CAMILA.

¿Quién me ha seguido? ¿Quién habla en esta bóveda? Marcelino, ¿eres tú?

MARCELINO.

¡Insensatos!... nos amamos, Camila. ¿Qué sueño ha sido este? ¿qué vanas palabras, qué miserables locuras han cruzado como un viento siniestro entre nosotros dos? ¿Quién ha querido engañar al otro? ¡Ay! ¡Cómo aumentamos las penas de la vida! ¡Dios mio! ¡tú nos habias dado la inestimable joya de la felicidad terrestre, y nosotros en nuestra locura hemos despreciado ese don magnánimo! Así hacen por lo comun las criaturas humanas... ¡insensatos! ¡Hemos querido aborrecernos, cuando nos amábamos, Camila! (*La estrecha en sus brazos.*)

CAMILA.

Sí, sí, nos amamos mucho, Marcelino; dejame que

sienta sobre tu corazon un amor tan grande... Dios que nos mira y nos oye no se ofenderá, hace quince años que lo sabe.

MARCELINO.

Camila, eres mía, mía para siempre. (*La da un beso, y se oye un grito agudo detrás del altar.*)

CAMILA.

Es la voz de Rosita.

MARCELINO.

¿Cómo se encuentra aquí? La habia dejado en la escalera cuando me has llamado; preciso es que haya venido detrás de mí sin que yo la haya visto.

CAMILA.

Entremos en esa galería, donde ella está.

MARCELINO.

No sé lo que siento; me parece que tengo las manos manchadas de sangre.

CAMILA.

Sin duda nos ha espiado la pobre criatura; otra vez estará desmayada, vamos á socorrerla.

MARCELINO.

No, yo no entraré ahí; siento un frio mortal que paraliza mis miembros; Camila, anda tú sola y tráela. (*Vase Camila.*) ¡Dios misericordioso! No hagais de mí un asesino. Ya veis lo que está pasando... somos dos criaturas insensatas que hemos jugado con la vida y la muerte, pero nuestro corazon esta puro; que no muera Rosita, ¡Dios mio! Yo la encontraré un marido; es jóven, será rica y feliz... ¡Dios mio! ¡hacednos dichosos á todos!... (*Sale Camila.*) ¿Qué hay, Camila?

CAMILA.

¡Ha muerto! ¡Adios, Marcelino!

FIN.

Llegada de tropas francesas á Tolon.

El jueves 28 de julio desembarcaban en el arsenal marítimo de Tolon dos batallones del 30º de línea que habian llegado de Italia por la fragata de vapor el *Darien*. A su vista la muchedumbre que les esperaba prorumpió en vivas y aclamaciones. Como no se esperaba su venida, la poblacion no habia tenido tiempo para organizar una recepcion en toda forma; pero de todos modos se improvisó una acogida entusiasta. El 30º partió al dia siguiente.

El 20 á las cinco de la tarde llegaron el 5º batallon de cazadores de infantería y dos batallones del 49º de línea y entraron en la ciudad por medio de la poblacion entera que habia salido á recibirlos. Los sentimientos de la muchedumbre rayaban en delirio. En el momento en que las tropas desembarcaban en la plaza de San Pedro presentaron un hermoso ramillete al comandante, y todos los oficiales y soldados recibieron igualmente una ofrenda de flores.

El 49º desfiló por la plaza mientras caia sobre él una lluvia de flores; cuando apareció la bandera se oyó un hurra prolongado acompañado de aplausos frenéticos. Pueblo y soldados se estrechaban las manos con una emocion imposible de pintar. En la calle de los Marchands se repitieron con mas furia las manifestaciones; la calle ofrecia el espectáculo que se ve figurado en nuestro dibujo.

Una demostracion de otro género esperaba á las tropas en la plaza del Huile. Las fruterías y las pescaderías habian puesto mesas donde corria el vino con profusion, y donde habia abundancia de comestibles de toda especie; las organizadoras de la fiesta no olvidaron siquiera los cigarros. Es verdad que una parte de la poblacion de Tolon habia contribuido voluntariamente á los gastos del banquete.

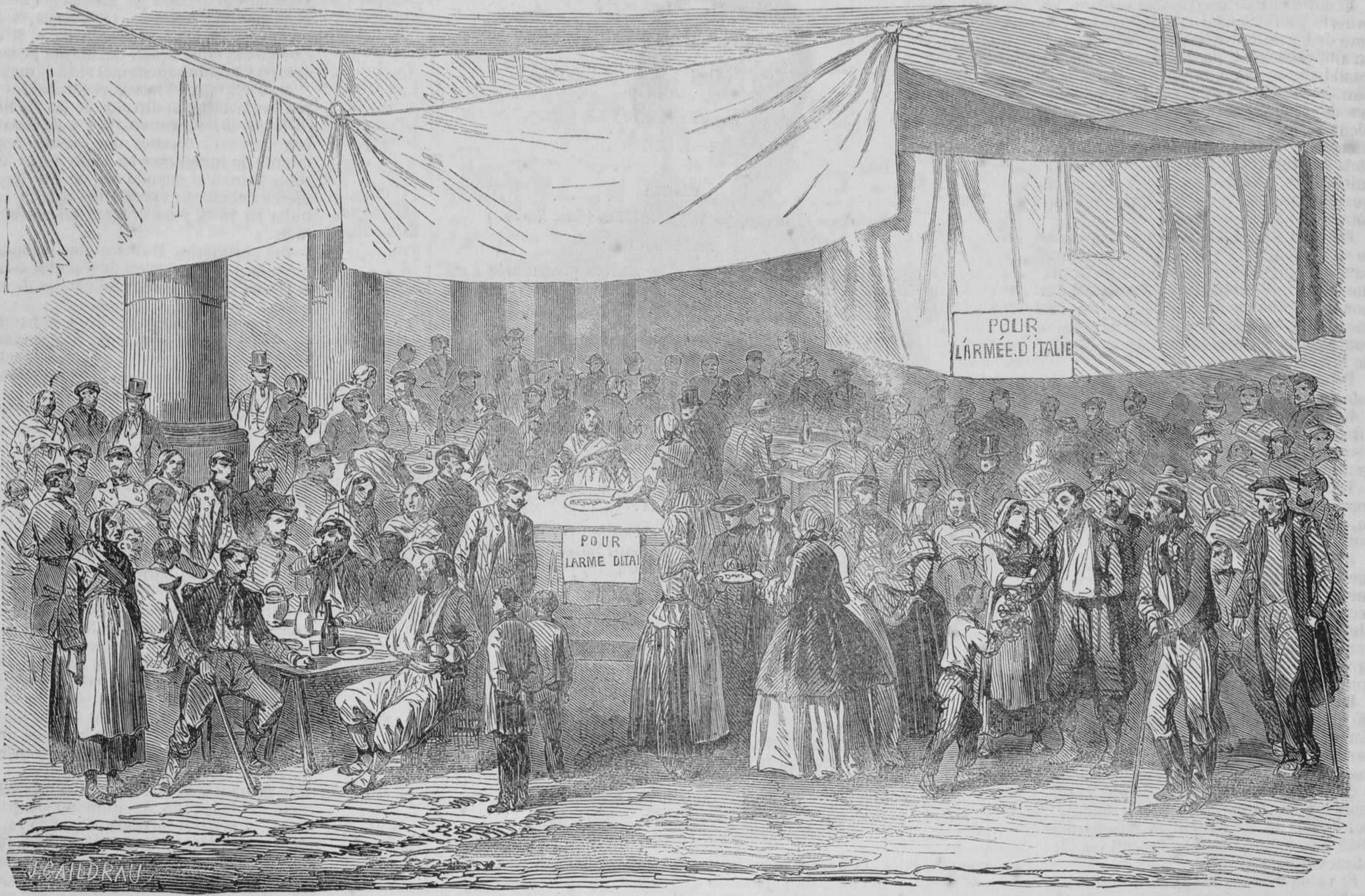
Despues de la distribucion de víveres, todos los corazones rebotaban de alegría. Las tropas fueron á sus cuarteles, pero salieron luego para tomar parte en la fiesta pública que se prolongó hasta las diez de la noche.

El 30 los heridos de los diferentes cuerpos del ejército de Italia establecidos desde hace algun tiempo en el hospital marítimo de Saint-Mandrié y hoy convalecientes, debian hacer su entrada en Tolon. Toda la poblacion habia contribuido á los gastos del recibimiento que se les preparaba. Las vendedoras del mercado salieron en cuerpo á su encuentro y les llevaron á la plaza donde estaba todo dispuesto para recibirlos. Las buenas mujeres se esforzaban por consolarlos y animarlos; otra fiesta como la de la víspera tuvo lugar en favor de los heridos.

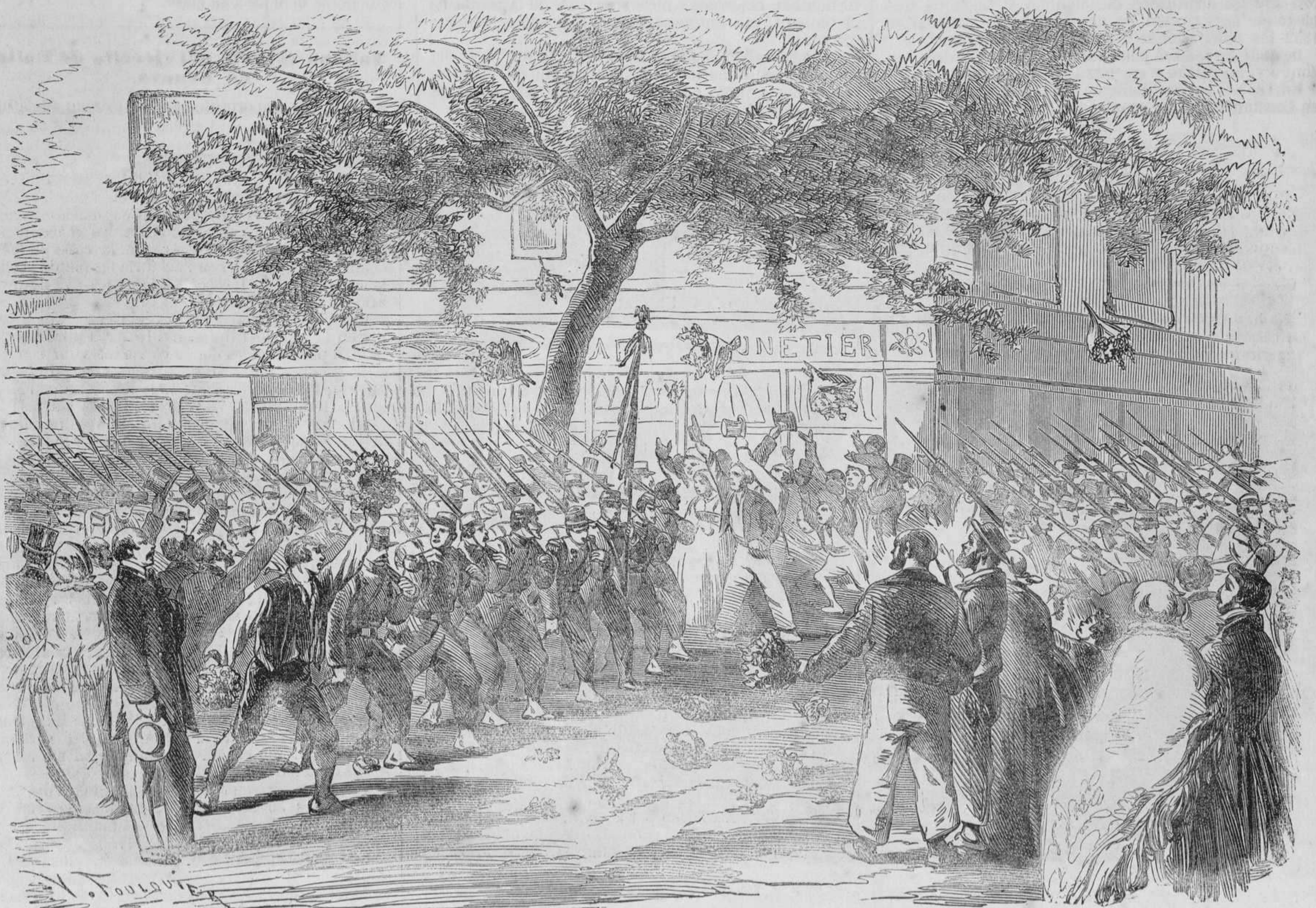
El 31 la muchedumbre advertida por las salvas corrió al muelle y asistió al desembarco del mariscal Niel que fué recibido por M. Jaéquinot, prefecto marítimo, acompañado de su estado mayor.

Tambien llegaron ese dia dos batallones del 52º y un batallon del 56º de línea. La entrada de estas tropas dió margen á la repeticion de las manifestaciones que se vieron en los dias precedentes.

Los soldados debieron pasar á la plaza del Huile donde se les hicieron copiosas distribuciones de víveres, vino y tabaco. Además sus oficiales y muchos soldados fueron obsequiados en casas particulares. L.



LAS PESCADERAS Y LAS FRUTERAS DE TOLON RECIBIENDO A LOS HERIDOS DEL EJÉRCITO DE ITALIA.



OVACION HECHA EN TOLON A LA BANDERA DEL 49º DE LINEA A SU REGRESO DE ITALIA.

**El coronel Jourjon.**

El coronel Jourjon (Cárlos Luis), que ha muerto gloriosamente en Solferino, era uno de los militares de gran porvenir por su alta capacidad, por su valor y por las cualidades recomendables que le adornaban. — Nació en Rennes el 18 de setiembre de 1807; estudió en la escuela politécnica, fué nombrado alumno subteniente en la escuela de aplicación de Metz en 1828, y alférez del tercer regimiento de ingenieros en 1831, época en que fué empleado en las obras que entonces se hacían en Lyon.

En 1833 pasó á Africa y estuvo presente en los combates y las expediciones que tuvieron lugar en la provincia de Oran; dos veces fué citado en la orden del día por los combates de Ain Beda y de Tamezuat, y en aquella época le propusieron para la condecoración de la Legion de Honor.

De 1834 á 1840 llenó las funciones de jefe de ingenieros en Chaumont.

En 1840 pasó de nuevo á Africa, y recibió el encargo de evacuar y de destruir el campo de Arbaa, bajo la dirección del general Dampierre.

Tomó parte en las expediciones del mariscal Vallée en el Buzegza, la Metidja, etc; y fué citado en la orden del día por una obra nocturna en Muzaya.

Bloqueado en Medeah desde el 16 de mayo de 1840 hasta el 7 de abril de 1841, fué encargado de la organización de un recinto y de la construcción de varias obras de campaña; fué citado en la orden del día por el general Duvivier, y propuesto para la condecoración por el combate del 3 de julio de 1840 en Medeah.

Del 4 de abril al 4 de julio de 1841 asistió al abastecimiento de Medeah y de Milianah y á los combates dados por el general Bugeaud. Mandó las tropas de los ingenieros en las expediciones de Boghar y de Thaza, y fué encargado de la demolición de estos dos establecimientos. Del 5 de julio de 1849 al 14 de enero de 1842 estuvo empleado en las nuevas fortificaciones de Argel.

El 11 de febrero de 1842 era nombrado capitán de estado mayor en la escuela de aplicación, y el 27 de noviembre de 1845, profesor de arte militar en la misma escuela. Durante cinco años consecutivos desempeñó estas funciones con mucha distinción; el talento y el celo que desplegó en la redacción de aquel curso le valieron en 1852 las felicitaciones del ministro de la Guerra.

De 1851 á 1853 fué jefe de ingenieros en Burdeos, en Zongwy, en Bitche y en Metz interinamente.

En 1853 el general Baraguey de Hilliers, embajador en Constantinopla, le empleó en las obras siguientes:

reconocimientos y trabajos en las defensas del Bósforo; proyecto de defensa de Constantinopla; proyecto de líneas sobre el Korasu; reconocimiento de la península de Galípoli, etc. Entonces recibió el grado de teniente coronel.

Cuando volvió á Francia en 1854 formó parte del cuerpo expedicionario del Báltico, estableció las baterías de Bomarsund, é hizo saltar los fuertes, lo que le valió la cruz de la Legion de Honor.

El cuerpo del coronel Jourjon ha sido traído á Francia y enterrado en Metz el 2 de julio último, con todos los honores debidos á su clase.

**Tahona volante del ejército de Italia en Génova.**

Nada es mas importante para un ejército en campa-



CARLOS LUIS JOURJON, CORONEL DE INGENIEROS, MUERTO EN SOLFERINO.

Después fué llamado por el emperador á formar parte del ejército de Oriente, y permaneció delante de Sebastopol desde el 27 de noviembre de 1854 hasta el 19 de agosto de 1855 empleado en el sitio. Fué citado en la orden del día del primer cuerpo y nombrado coronel el 23 de mayo.

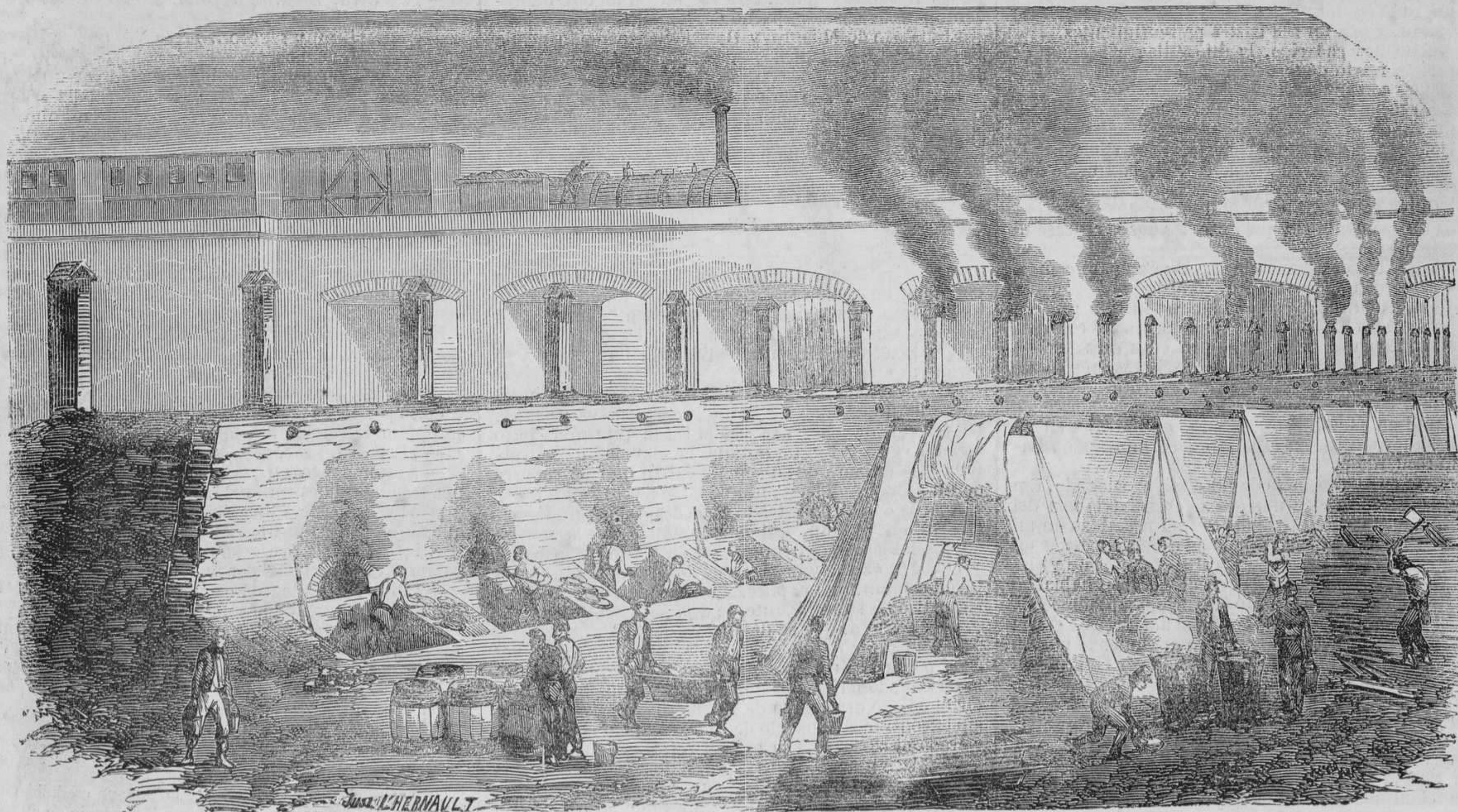
A su regreso á Francia el coronel Jourjon fué nombrado director de las fortificaciones de Bourges en 1856 y de Besançon en 1857; coronel del primer regimiento de ingenieros en 1858, y por último obtuvo el mando del de los ingenieros del cuarto cuerpo del ejército de Italia en 1859, á las órdenes del mariscal Niel.

Sus primeros trabajos de reconocimientos y construcción de puentes sobre el Tesino le merecieron los elogios de sus jefes.

El coronel Jourjon asistía á la batalla de Magenta con el general Niel, cuando el general con la división Vinoy acudió á sostener los cuerpos de la guardia acometidos por fuerzas superiores.

«En Solferino, dice una carta particular, á eso de las dos se vió flaquear un regimiento que combatía hacia siete horas sin un momento de descanso y que había perdido ya todos sus jefes; el general Niel se llegó en medio de los hombres de ese regimiento, logró dirigirlos de nuevo al enemigo, y volviéndose hacia Jourjon le dijo: «Hacedme el favor de llevar á esos hombres al combate: el instante es crítico y tengo que apelar á vuestro celo.» — Jourjon se lanza á la cabeza de los hombres que le siguen mas allá de un caserío cuya posesión se disputó todo el día (Casanova), se reúne con otra tropa francesa que se batía por aquella parte, y distinguiendo una batería enemiga á poca distancia, se arroja sobre los austriacos, los derrota y les toma una batería: en ese momento cayó Jourjon herido de un balazo.»

El general Niel le cita al hablar de esta memorable batalla. Al enumerar sus pérdidas, el general termina diciendo: «A todas esas pérdidas debo añadir una que siento particularmente, la del coronel de ingenieros Jourjon, oficial consumado, tan distinguido por su ciencia como por sus cualidades militares.»



TAHONA VOLANTE DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

na que la puntualidad en el servicio de abastecimiento. Bajo este concepto el ejército francés tiene las mejores garantías en la excelente organización de los servicios de la intendencia militar, pues sabe que reúne todos los elementos necesarios para cubrir en algunas horas todas las necesidades que se experimentan en las marchas.

Los hornos de campaña, cuya construcción es tan familiar á los obreros militares de la administración, gracias á las medidas tomadas desde hace algunos años por el mariscal ministro de la Guerra, hacen grandes servicios al ejército permitiendo dar á la tropa en poco tiempo un pan trabajado y cocido con esmero.

Los hornos establecidos en Génova desde el principio de la campaña de Italia y que han funcionado con la mayor actividad durante la guerra han llenado con toda exactitud las necesidades del abastecimiento.

No nos extenderemos aquí en los detalles de construcción ó de trabajo de esa tahona, en atención á que nuestro dibujo puede suplir las descripciones. Ese establecimiento es igual á los que se montaron en Crimea, y en 1858 en la división de Oran, donde un solo horno fué suficiente para alimentar á la columna de caballería mandada por el general Durien.

F.

### La Hija del mar.

CUENTO

POR D. E. LLOFRIU Y SAGRERA.

(Conclusion.)

Una tarde en que se hallaban bordando Milagro y Rosa que se amaban entrañablemente, bajó de la azotea el padre de aquella, cuyo nombre, si mal no recuerdo, era don Estéban, con el semblante gozoso y llevando el catajeo en la mano.

Milagro comprendió la alegría de su padre y preguntó llena de júbilo:

— ¿Ha visto Vd.?

— Sí, hija, sí: la corbeta *Milagro* está, si no me engaño, entrando en el puerto... ¡Tiempo era ya desde que recibí el aviso de su salida de América.

Rosa, al oír estas palabras quedó inmóvil, con los ojos fijos en el suelo y repitiendo para sí:

— De América... Dios mío, de América...

Don Estéban y Milagro advirtieron la turbación de Rosa y vieron resbalar algunas lágrimas por sus mejillas.

— Rosa, la preguntó esta, ¿qué tienes? confíame tus secretos; soy tu compañera, tu hermana... ven, y cogiéndola por la mano la llevó á su gabinete en donde la pobre huérfana depositó el secreto de su desgraciado amor en el seno de aquel corazón grande y generoso.

## XII.

Contó Rosa los tormentos de la ausencia, la pureza de su amor, y por fin sus tristes presentimientos.

— Mucho has padecido, la dijo Milagro después de oír el triste relato de tan desgraciados amores, y añadió después con intensa amargura:

— Pero tú, al menos, tienes la esperanza de que algún día...

— No, no, replicó Rosa suspirando; ese silencio solo la muerte ó el olvido lo ocasionan, sí, la muerte ó el olvido.

— ¿Quién sabe?... No desconfíes...

Pasó un momento sin que entre las dos se cruzase ni una sola palabra.

Por fin, Milagro, después de un esfuerzo para conservar la serenidad de su espíritu, continuó:

— Rosa, Rosa mía, yo también he sufrido mucho, mas para mí no hay esperanza: yo he amado con todo mi corazón, con el amor que nace á los diez y ocho años: con esa pasión inextinguible del alma que siente por primera vez despertarse en su centro el afán y la inquietud.

Siempre en él mi pensamiento, encontraba en su mirada mi ventura. En cada latido de mi corazón había un recuerdo para él.

Yo creía en él con la fe de un alma apasionada. Era la primera vez que en mis oídos resonaba la voz del sentimiento... Le creí, porque era una necesidad en mí el creerle: yo ansiaba un objeto en quien depositar todo el amor que mi pecho encerraba, y delirante y ciega le consagré cuantos afectos en mi corazón había.

— Pero él... la interrumpió Rosa con afán.

— El juró mil y mil veces que me amaba, que era la única mujer que le había hecho comprender la pureza del sentimiento; la única que le hacía ver en la tierra que no era una ilusión la felicidad.

Yo recogía en mi alma aquellas consoladoras palabras como la malizada flor que abre su cáliz al espirar el día para recoger en él los últimos rayos del sol.

Pero llegó un día fatal, el de la separación.

En Madrid le esperaba un porvenir brillante: allí iba á continuar sus estudios y á ver la gloria desde lejos para ambicionarla.

Rosa, tú sabes lo que es el primero y quizá el último adiós. ¿A qué renovar una herida para cuyo re-

uerdo habrá siempre una lágrima en mis ojos y un triste quejido en mi corazón?

Se apartó de mi lado, y durante los tres primeros meses de ausencia, en sus cartas traía á mi espíritu el consuelo.

Pasó mas tiempo y no recibí una siquiera.

No me atreví á dudar de él, Rosa; creí ofenderle dudando, y no me abandonó la esperanza.

Ya por fin llegué á comprender su indiferencia, su desprecio.

Sentí desgarrarse el corazón y que faltaba á mis ojos el llanto.

¡Cuánto dolor se sufre, si llega un día en que no podemos llorar; si no baña nuestra amargura ese dulce rocío del alma que Dios nos legó para consuelo.

Trascurrieron bastantes años, y aun vivía su recuerdo en mí, y aun sentía al evocar su memoria palpar violento el corazón.

Aconteció que hubo mi papá de hacer un viaje á Madrid y me llevó consigo. ¡Con qué ansiedad deseaba yo llegar allí; y por otra parte, qué inquietud me atormentaba!

Llegamos á Madrid, y mi vista le creía distinguir en todas partes, en todas...

Una noche fui invitada á asistir á una reunión en que se daba un baile de máscaras: asistí por la primera vez.

Rosa, Rosa, dijo Milagro al llegar á este punto, él estaba allí. La casualidad, el destino ó la desgracia nos habían reunido. Yo procuraba cubrirme con el dominio y sujetar perfectamente el antifaz para no ser descubierta.

Un secreto instinto, sin duda, le guiaba hasta mí. Me ofreció el brazo y me invitó á bailar con él el vals siguiente.

Al sentir su brazo junto al mío temblé, me estremecí.

Mi labio no pronunció una palabra siquiera...

Yo estaba sin sentido...

El último recurso para que no descubriera la conmoción que experimentaba, fué acercarme á una antigua amiga mía de Alicante que había reconocido en el numeroso concurso.

— Permítame Vd., le dije sin saber cómo, he visto á una de mis mejores amigas y voy á saludarla.

— ¿La conoce Vd.? me preguntaba él con interés.

— Sí, la conocí hace muchísimo tiempo.

¡Ay amiga mía! ¡cuál sería mi sorpresa al oír de sus labios el nombre de «esposa» dirigido á aquella mujer! Un grito de dolor que no pude ahogar en el pecho, resonó por los ámbitos del salón, y caí desfallecida. Oí entre sueños mi nombre pronunciado por los dos... y no ví mas. Fui conducida á casa en un coche, y al siguiente día dispuso mi papá nuestro regreso.

Ya ves, Rosa, ya ves si deberé alejar de mí toda esperanza...

Yo te he dicho que confíes, porque mientras esperes tendrás alguna ilusión en esta vida. Cuando el desengaño venga á herirte, verás la descarnada mano de la realidad tronchando las flores que Dios hizo brotar en el sendero de tu existencia.

Mientras que estos dos ángeles iban conociendo los tormentos que alcanza á padecer el corazón que en pos de las ilusiones camina, otra escena no menos interesante pasaba en el despacho de don Estéban.

El diálogo de Milagro y Rosa fué suspendido por la voz del padre de aquella, que gritaba sin aliento: Milagro... Milagro.

Las dos jóvenes corrieron presurosas á socorrer á don Estéban, cuyo acento las había sorprendido extremadamente.

Veamos ahora lo que pasaba en el despacho.

## XIII.

A poco rato de haber entrado Milagro y Rosa en su gabinete, en donde acababa de tener lugar la escena que hemos presenciado anteriormente, apareció un criado anunciando al capitán de la *Milagro*.

Don Estéban al instante salió de la habitación y se dirigió al escritorio.

El capitán era un joven de buena presencia, arrogante figura, si bien un tanto brusco en sus modales. La tez curtida por los rayos del sol le imprimía cierto aire enérgico y fuerte, aunque la suavidad de su mirada y la dulzura de su sonrisa daban indicios seguros de un alma cándida y pura como la de un niño.

Apenas entró don Estéban en el despacho, saludó cortesmente al capitán, quien contestando con la sonrisa en los labios, le entregó una carta y algunos papeles.

Leida la carta, y después de dirigir una mirada al joven capitán, que explicaba mejor que nada el efecto simpático de su semblante, le dijo:

— ¿Desea Vd. que se despache pronto?...

— Tan pronto como sea posible, porque necesito ver á mi pobre madre. Ya sabe Vd. el vacío que siente el alma cuando ha pasado mucho tiempo, muchísimo, sin oír el acento armonioso de la que meció nuestra cuna, sin encontrar el consuelo de su sonrisa, sin beber en su mirada el consuelo y la paz del corazón.

— ¿Hace mucho tiempo, preguntó don Estéban, que salió Vd. de su patria?...

— Hoy se cumplen los diez años que falto de Santa Pola.

— ¡De Santa Pola! repitió con cierta expresión de sentimiento don Estéban. Tristes recuerdos evoca á mi

memoria el nombre de ese pueblo. Al frente de su reducido puerto me hallaba á bordo de un buque mercante que conducía á Cádiz á toda mi familia: mi esposa y dos niñas como dos soles. Un temporal horroroso sobrevino, y el mar amenazaba nuestras vidas con sus soberbias oleadas.

Estábamos á bastante distancia, y cerró la noche entre el estampido de los truenos y la amarillenta luz de los relámpagos.

Mi esposa implorando la clemencia divina con las dos niñas en brazos: los marineros discurrendo por el buque con esa fría serenidad que espanta, murmurando para sí el nombre de la Estrella de los mares, de la Salvadora de los navegantes, entre el rugido de las olas, era un espectáculo que hubiera arredrado al hombre de mas corazón.

Un grito desgarrador se oyó entonces, y uno de los grumetes exclamó con acento terrible:

— La embarcación hace agua.

El viento nos impelia con mas fuerza hácia alta mar y era imposible salvarnos. La tripulación recorría la cubierta con afán, y al ver aquellos semblantes lívidos y desencajados, ya no pude un momento dudar que éramos perdidos.

En vano las voces de «socorro» agotaban nuestras fuerzas: el huracán silbando en las jarcias, el mar estrellándose en los costados de la embarcación y el retumbar del trueno confundían nuestras voces.

Pero no había llegado el fin de nuestra existencia.

La misericordia de Dios quiso salvarnos, y nuestras señales de socorro fueron divisadas por un bergantín que llevaba rumbo contrario al nuestro y resistía mejor los embates del mar.

Se arriesgaron á echar un bote al agua: nosotros echamos el nuestro y la tripulación pudo salvarse á duras penas.

Salté yo al bote para recibir en él al mas precioso tesoro que poseía.

Mi esposa, auxiliada por un generoso marinero, descendía llevando en brazos las dos niñas de las cuales una dormía tranquila en su cuna de mimbres. No bien había puesto un pié sobre el bote cuando un furibundo golpe de mar cubrió nuestras cabezas.

Quedé aterrado y no oí mas que un gemido y la voz de mi esposa que exclamaba:

— Mis hijas...

Excuso manifestaros mi dolor entonces.

El marinero denodado arrojóse al agua y nada pudo conseguir.

La menor de mis hijas había hallado su tumba entre las olas.

Algunos momentos después nos encontramos á bordo del bergantín que nos condujo á esta ciudad en donde tuve la desgracia de perder á mi esposa.

— Permítame Vd. le pregunte en qué época aconteció lo que acabo de oír, dijo con marcado interés el capitán.

— La noche del 22 de diciembre de 1756.

— ¡Justo Dios! no, no cabe duda, repuso el capitán sacando su cartera y consultando una fecha.

Don Estéban contemplaba asombrado las variaciones que en el semblante del capitán se verificaban y no se atrevía á dirigirle la palabra.

— ¿Está Vd. seguro? repetía, ¿está Vd. seguro de la fecha?...

— Oh... sí, muy seguro... ¿cree Vd. que se borrará jamás de mi memoria?...

— Pues bien: esa noche fué recogida por un anciano en las playas de Santa Pola una infeliz criatura casi moribunda que yacía en una cesta de mimbres.

La pobre mujer que me lo contó veía en ello una cosa providencial, y aseguraba que solo un milagro de la Virgen ante quien oraba, pudo haber dejado oír el vagido de la niña entre el espantoso fragor de los truenos y el mugir de las encrespadas olas (1).

Don Estéban había ido poco á poco levantándose del sillón, y volvió á caer en él abatido por la fuerte emoción inesperada que acababa de recibir, balbuceando estas palabras: Sí... sí... solo la Providencia, la Providencia...

El capitán acudió á socorrerle, sin que pudieran apercibirse en la casa. Ya por fin, volviendo en sí, dijo con un acento indefinible:

— Gracias, Dios mío, gracias...

Corrió por todas partes como un loco, sin encontrar el cordón de la campanilla, diciendo al mismo tiempo:

— ¿Pero Vd. sabe, capitán.

— Sé que existe en Santa Pola, que se llama HUA DEL MAR, y que es un ángel.

¡Oh! es imposible describir los trasportes de alegría que aquel gozoso padre disfrutaba en aquellos instantes... ¡Qué latir su corazón, qué agitado respirar, qué palabras entrecortadas por los suspiros de su pecho!

— ¡Milagro! ¡Milagro! exclamaba con ahogada voz tirando del cordón de la campanilla.

Estas voces pusieron término á la escena que anteriormente describimos.

Al instante aparecieron en la puerta del escritorio Milagro y Rosa, tendidos los brazos mutuamente por el cuello.

Rosa fijó sus ojos en el capitán...

Este palideció, se humedecieron sus ojos y gritó:

(1) Verdaderamente, se resiste á la humana credulidad que en una noche tempestuosa pudiera oírse el vagido de un niño. Solo como un caso providencial, como un aviso del cielo lo creía quien me lo contó, y yo no puedo ni debo alterar en un ápice la sencilla narración de este cuento.

— Dios mío, Rosa...

A este nombre siguió el de Lorenzo pronunciado por ella, que desprendiéndose de los brazos de Milagro estrechó la mano de su amante. Este no pudo contenerse mas, y pronunció conmovido estas palabras:

— Ese es tu padre.

Don Estéban corrió vacilante á estrechar á su hija, y ella ahogaba su acento con suspiros.

Inútiles serian cuantos esfuerzos hiciese por mi parte con el objeto de describirnos la interesante escena en que tan dulces lágrimas se vertieron. En ella encontraron los personajes que formaban tan hermoso cuadro, un punto de descanso en la fatigada marcha de la vida.

Pasados los primeros instantes de emoción en que don Estéban había estrechado á Rosa con frenética locura imprimiendo en su frente mil besos; en que Milagro, exigiendo una parte en tan intenso placer, recibía en su torneado cuello uno de los brazos de su padre; y en que este, colocado en medio de aquellos dos ángeles de amor y de ternura, aparecía radiante de júbilo, como el árbol que con su protectora sombra acaricia á los cansados viajeros, Lorenzo, después de un instante de silencio, se dirigió á Rosa, y estrechando su mano entre las suyas la preguntó:

— ¿Y tu madre?...

La joven murmuró una palabra entre suspiros dolorosos...

Una palabra que llegó hasta el corazón del infornado capitán, y le hizo dirigir una mirada al cielo como buscando allí á su madre.

— Capitán, dijo don Estéban ofreciéndole los brazos, no, no hay en la tierra quien pueda llenar el vacío que una madre al morir deja en nuestra alma; pero si algún consuelo puede prestar á Vd. mi paternal cariño, en mí tendrá mas que su amigo, su padre, su protector.

— Gracias, don Estéban, gracias, le respondió abrazándole en medio de su amargo sentimiento.

#### XIV.

El enlace de Rosa y Lorenzo tuvo lugar á los pocos días, sin lujo, sin ruido, sin ostentación.

Felices los que pasan sus días sin verse rodeados de esa turba de seres racionales que se llama alta sociedad, y que encuentran el paso libre en el sendero de la vida. Ellos semejan á esos cristalinos riachuelos que se ocultan en el seno de la tierra, y solo al sucumbir, confundiendo sus aguas con las del inquieto mar, asoman su corriente, dando un eterno adiós al mundo que ha ignorado su tranquila existencia.

#### EPILOGO.

Santa Pola no ha cambiado en nada absolutamente desde que la dejamos. Todo está en esa calma impasible del que espera, sin inmutarse, los acontecimientos de la vida.

Bien pueden las revoluciones, agitando sus inmensas alas, volar en torno á las grandes poblaciones; que no llegará hasta allí el rugir de un pueblo embravecido, ni el estrépito de las armas alterará la tranquilidad de aquellos lugares.

La casita blanca en cuya ventana habíamos visto enrejada una pasionaria ha estado mucho tiempo cerrada y secas sus flores, ni aun resto de vida pudiera distinguirse en ella.

Las madres, al pasar con sus hijos por aquella misteriosa morada, les narraban la sencilla historia de LA HIA DEL MAR así como os la cuento.

Pasó algún tiempo, y la casa volvió á verse habitada.

Y la voz de que Lorenzo había vuelto hecho capitán corrió por el pueblo excitando la admiración de todos.

— Vamos á verle, decían unos sin poderse contener.

— Ya no se acordará de nosotros, replicaban algunos mas desconfiados.

Es lo cierto que el capitán Lorenzo abrazó á todos sus compañeros y fué el protector de los necesitados.

Los padres enseñaron á sus hijos á bendecir el nombre de aquel antiguo pescador.

Una noche al toque de oraciones se vieron dos personas dirigirse al reducido cementerio del pueblo, y depositar sobre dos tumbas que se hallaban unidas, dos coronas de siemprevivas.

Eran Rosa y Lorenzo que consagraban un recuerdo á la memoria de sus madres.

En cuanto á Milagro, afortunadamente pudo encontrar uno de esos seres cuyo destino es labrar la dicha de la mujer con quien se unen.

Halló una de esas almas puras que hacen olvidar los desengaños, y en cuyo seno tranquilo se respira un ambiente embalsamado por las hermosas flores de la ilusión.

En la misma casita que tantos recuerdos tenía para todos se reunió un día la familia entera, incluso el esposo de Milagro.

Una pasionaria volvió á crecer lozana como en otros tiempos, halagada por la suave brisa. También parecía tomar parte en el regocijo de aquellos corazones.

Un personaje de este cuento ha pasado desapercibido á los ojos del narrador.

Mariana, la desgraciada Mariana.

Los esposos preguntaron por ella, y supieron que había tomado el velo de las vírgenes consagradas al Señor.

No pudiera haber encontrado otro asilo que, lejos del mundo, mitigara la amargura de su alma.

Desde allí, elevando á Dios sus preces, recogía en su abatido seno lágrimas que nadie hubiera podido enjugar.

Oraba con frecuencia por la ventura de su primo, y el Señor la escuchó, dándole á ella la calma de los espíritus bendecidos, y á Lorenzo la posible felicidad en la tierra.

#### El tiempo.

##### SONETO.

Huye veloz el tiempo presuroso;  
Huye veloz cual la ilusión primera;  
Nada puede impedirle en su carrera,  
Nada alterar su curso misterioso.

A su influjo terrible y poderoso  
Gime infeliz la humanidad entera,  
Y tras vida fugaz y pasajera  
Hallan un sepulcro triste y silencioso.

Hunde generaciones en la tumba:  
Otras levanta en raudos torbellinos;  
Opulentos alcázares derrumba;

Impulsa al hombre en su fatal camino;  
Y el placer, el dolor y la alegría  
Sepulta en noche sempiterna y fría.

RICARDO CARDELUZ Y J.

#### Revista de la moda.

SUMARIO. — Dos palabras sobre el entusiasmo parisiense. — El regreso del ejército de Italia. — Traje de S. M. la emperatriz Eugenia. — Baile en Tullerías. — Bodas aristocráticas. — De las modas actuales. — La venganza de los volantes. — Tres trajes de verano con sus adornos de flores. — Últimos sombreros de la estación. — El cinturón de oro de Cleopatra. — Mas trajes de verano. — Descripción del figurín de este número.

He regresado á Paris cuando la población rebosaba de entusiasmo con la entrada del ejército de Italia. ¡Qué espectáculo! Siempre estará en la memoria de los que le han visto. Toda la carrera estaba engalanada con arcos de triunfo, estatuas alegóricas, trofeos y banderas; era una fiesta no de Paris, sino de toda la Francia. La plaza Vendome deslumbraba de elegancia y de lujo. La emperatriz Eugenia había dado el ejemplo poniéndose un vestido blanco bordado con un pañuelo de encaje de Chantilly, y un sombrero de paja de Italia adornado con un penacho de plumas blancas, azules y de color de cereza. La emperatriz para honrar al ejército llevaba los colores de la bandera de la Francia.

El jueves siguiente hubo baile en Tullerías, baile íntimo al que concurren únicamente ciento sesenta convidados. Este baile era una despedida de SS. MM. que se hallan en el día en los Pirineos.

Después de la paz se han anunciado algunos matrimonios entre personajes importantes.

El de la hija de la princesa de Bassano con el joven príncipe de Loos.

El del barón Benoist de Asy con Mlle Daru, y el de M. Rolland, vizconde de Vannay, con Mlle Tulle de Villefranche, hija del marqués de este nombre.

En cuanto á modas, principiaré por decir que la gran novedad es la abundancia de pequeños volantes en los vestidos. Se vengán de su decadencia, como yo lo esperaba.

Voy á describir tres vestidos que darán una idea de la moda actual.

El primero es de tafetan verde Isly, y lleva hasta media falda una serie de pequeños volantes de diez centímetros de altura. El resto de la falda va adornado con otros dos volantes de unos veinte y cinco centímetros, cubiertos de encaje de Inglaterra. El cuerpo es liso, de pelo y todo de tafetan, con drapería y fichu orlado de encaje de Inglaterra. Las mangas cortas, huecas y también guarnecidas de encaje.

El segundo es de tarlatana rosa con dos faldas, la primera guarnecida con cinco volantes y la segunda con un plegado. El cuerpo es redondo y lleva un cinturón de cinta de color de rosa. El fichu ramilleteado es de tarlatana color de rosa, y va prendido á la Luis XV en medio del pecho con un ramillete de rosas ó con un lazo de cinta. Las mangas llevan tres pequeños volantes.

El tercero es de tarlatana blanca con tres faldas. La primera va guarnecida por delante con un delantal compuesto de pequeños volantes estampados de tarlatana. Las otras dos faldas figuran una doble túnica redondeada por los lados. El cuerpo va cubierto con un drapería de tarlatana.

Los tres trajes forman una colección preciosa y representan lo mas elegante que se conoce en Paris.

Si yo fuera extranjera tendria desconfianza con todo lo que es excéntrico, con los colorines y las formas extravagantes que se destinan en Paris á las extranjeras como lo mas sublime de lo que se ha inventado.

La sencillez es lo que constituye el buen gusto en el vestir. y por eso aconsejo á mis lectoras las modas mas sencillas.

Cada uno de los vestidos que acabo de describir, y que están hechos para Baden, tiene su aderezo de flores.

Para el primero una corona de rosas, eliotropos y musgo, para el segundo un doble cordón de margaritas blancas con yerbas por un lado y guirnalda por el mismo estilo, y para el último una guirnalda y un cordón Emperatriz de pámpanos y frutas de América.

Los sombreros están en armonía con los trajes ligeros; nunca se ha visto tanta gasa ni tanta muselina.

Cada vestido vaporoso exige pues un sombrero diáfano por este estilo:

— Un sombrero de tul rosa afollado y adornado con acelias rosa y yerbas verdes.

— Un sombrero de crespon blanco con ruche de crespon, bandó de encaje negro y geranio purpurino.

— Un sombrero de paja de arroz con una magnolia blanca rodeada de botones y de follaje.

— Un sombrero de paja de Italia adornado con un penacho de tres plumas colores blanco, paja y negro.

En cuanto á prendas de otoño se ven ya algunas casacas lisas guarnecidas por delante con una serie de rosetones y de estrellas de pasamanería y encajes. Estos rosetones y estrellas se llaman «Milanesas.» Es un homenaje que rinde la moda á las damas de Milan que han cuidado á los pobres heridos del ejército francés.

Mientras llegan las modas de otoño, las señoras elegantes llevan cinturones de oro como Cleopatra, sostenidos con broches bizantinos, griegos ó persas. El broche persa está enriquecido con pedrerías de todos colores. Los broches bizantino y griego son mas sencillos.

Antes de llegar á la descripción del figurín, voy á señalar las últimas flores de la coquetería de la estación de verano.

La primera flor es un vestido de organdi con rayas azules y blancas de doble falda, y cuerpo escotado formando casaca. Esto parecerá singular; pero una banda cortada en las rayas y puesta atravesada, figura un cuerpo escotado, cuadrado por delante y por detrás, y que baja en forma de V. Otras bandas iguales rodean las dos faldas por abajo, así como las mangas, que son largas, flotantes y abiertas hasta arriba.

La segunda es un vestido de tafetan color Melegnano, con doce pequeños volantes orlados de cinta verde, con cuerpo subido.

La tercera es un vestido de tafetan de cuadros negros y blancos. Sobre la falda hay cinco volantes orlados de terciopelo negro. El cuerpo es escotado y lleva mangas pagodas.

La cuarta es un vestido de organdi con rayas lilas y blancas. El cuerpo es redondo y escotado; adorna la escotadura un doble rizado con feston. Las mangas llevan un afollado y un pequeño volante. Cinturón largo de cinta color de lila.

La última es un vestido de barés gris; sobre la falda diez volantes rizados. El cuerpo es escotado con fichu Luis XIII.

Hé aquí ahora la descripción del figurín que representa trajes de verano:

Primer traje. — Vestido de muselina blanca con doble falda formando túnica abierta por delante. Las dos faldas llevan afollados y por ellos pasa una cinta azul. Cuerpo redondo y liso, adornado con un afollado que figura tirantes por delante y por detrás. Sobre el delantero de la falda se ven afollados por el mismo estilo. Mangas anchas guarnecidas igualmente de afollados con lazos de cinta azul. Sombrero de crespon blanco adornado con un velo: por dentro bandó de blonda negra rizada y á la derecha rosas de Bengala.

Segundo traje. — Vestido de tafetan malva guarnecido de pequeños volantes. Cuerpo liso y subido con talle redondo. Mangas anchas con dos afollados arriba y mangas interiores de encaje. Cuello de encaje. Manteleta de tafetan ilustrada con bordado de azabache y volantes de guipure. Sombrero de crespon verde Azolf. Por dentro adorno de crespon y blonda negra. Sombrilla Marquesa de tafetan verde con volante forrado de tafetan blanco.

Tercer traje. — Niña de cinco años. Vestido de tafetan verde y blanco con dos faldas orladas de terciopelo negro. Cuerpo cuadrado con adorno de terciopelo. Mangas con dos volantes. Camisolin de muselina bordada. Mangas interiores bordadas. Pantalón corto ricamente bordado. Sombrero de paja adornado de terciopelo negro y de rosas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

#### El teatro imperial

DEL PALACIO DE DOLMA-BAGHTÉ EN CONSTANTINOPLA.

El imperio otomano se transforma difinitivamente; después de los esfuerzos de la diplomacia para hacerle entrar en las vías de la civilización moderna, el arte francés llama á las puertas del harem de Abdul Medjid, y el sultan le recibe con embeleso. Gracias á tan poderosa protección, los muebles, las ricas telas y las pinturas decorativas de la Francia, se deslizan hasta el fondo de las misteriosas moradas de las mujeres del sultan que hoy se miran y se admiran en los espejos de Saint-Gobain con marcos de bronce parisienses.

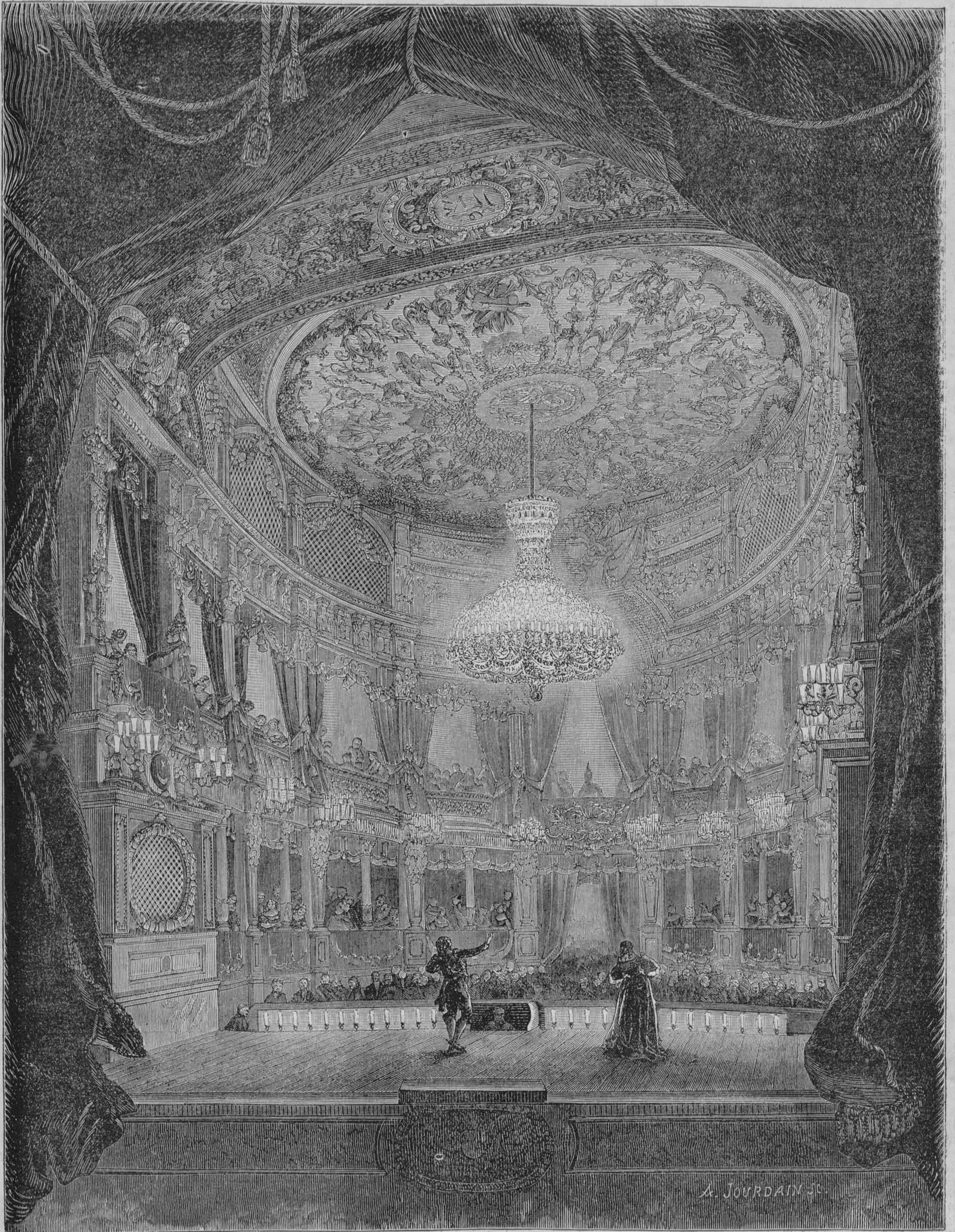
Para completar ese cambio maravilloso en los hábitos otomanos, se acaba de abrir un hermoso teatro en el palacio de Dolma-Baghté. Todas las bellezas del serrallo asisten á sus funciones, aunque ocultas á las miradas profanas por espesas celosías; pero al cabo y al fin ya conocen el Barbero de Sevilla y el Trovador; y casi se puede esperar que un día esos hermosos rostros lleguen á ser el principal adorno de la sala.

El sultan convidó para la primera de esas solemnidades teatrales á los embajadores, los altos funcionarios y las damas mas elegantes de Pera, que mas dichosas que las sultanas podian lucir sus prendidos ostentosos.

El sultan hizo con mucha cortesía los honores de su teatro. Despues de haber recibido á los convidados en magníficos salones, el augusto empresario los llevó al

teatro, cuyo estilo y riqueza interior pueden competir con las antiguas magnificencias de Versalles. Allí todas las materias son preciosas; el oro, el terciopelo, los

mármoles raris acompañan á las pinturas de ornato cuyos caprichosos arabescos sigue la vista, en tanto que el oido escucha las acordes melodías de la orquesta.



VISTA INTERIOR DEL TEATRO IMPERIAL DE DOLMA-BAGCHTE.

Esa hermosa obra que ha costado muchos años y mucho dinero, ha sido hecha por artistas franceses que desertaron las escenas de Paris para ponerse al servicio

del sultan. En Oriente MM. Sehan, Dictacle y Hamont se han hecho arquitectos, pintores, tapiceros, etc. y las orillas del Bósforo pueden decir si se han mostra-

do inteligentes en cosas tan diversas; el sultan los ha colmado de honores y de regalos despues que vió concluida la famosa obra. G. F.